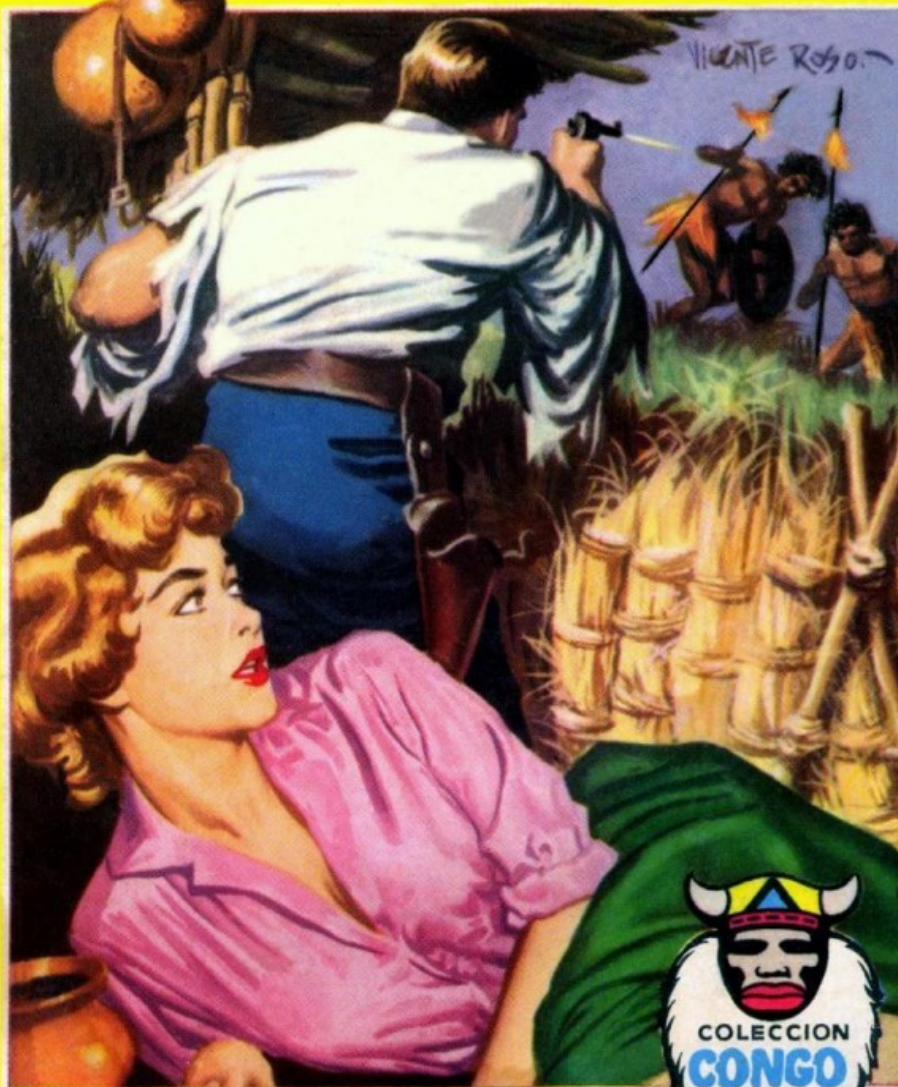


ORO ENVENENADO

Rogers Kirby



**¡La más fabulosa aventura en las
tierras inexploradas de Australia!**

ORO ENVENENADO

ROGERS KIRBY

1ª EDICIÓN ABRIL — 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 232. — El valle de la muerte.
- 242. — El mago del “Colt”.
- 247. — La venganza de Willy Tobey.
- 253. — La marca fatal.
- 256. — La mentira de Jarry Jensen.
- 271. — El terror de Oklahoma.
- 304. — La muerte busca a Vic Gordon.
- 368. — Colosos del Oregón.
- 384. — El diablo de Texas.
- 400. — El ocaso de una raza.
- 404. — El imperio de los Donovan.

En Colección BUFALO:

- 34. — La muerte deja instrucciones.
- 64. — Kit Gatillo.
- 105. — ¡Palabra de rey!

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 269. — Estiletes vengadores.
- 291. — ¡Este es el culpable!

En Colección PANTERA:

- 49. — El brillante del Gran Lama.
- 57. — Pioneros en Wyoming.

En Colección CONGO:

- 8. — El vencedor de la selva.
- 13. — La ruta de los Massai.

PRINTED IN SPAIN
Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. — Proyecto, 2 — Barcelona

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

ADVERTENCIA

Todos los personajes y sociedades que figuran en esta narración, son puramente imaginarios. Cualquier coincidencia o semejanza con seres vivos o muertos, será enteramente casual

EL AUTOR



PROLOGO

—Es inútil, Taylor. O aligeramos la nave o nos estrellamos. ¿Qué más da que sean lingotes de oro? Nuestras vidas es lo que importa.

Hablaba Eric Seaman, copiloto del avión de transporte que hacía aquel servicio entre Coolgardie y Pilbarra. Habían salido ocho horas antes, de las famosas minas australianas, con un cargamento de oro en barras.

Sin novedad habían salvado el desierto Victoria, pero cuando ya estaban a punto de conseguir lo mismo con el Gran Gibson, el avión empezó a perder altura. De los tres poderosos motores, los dos laterales “rateaban” desde hacía rato como presagiando su próxima paralización. De ocurrir eso, les sería imposible continuar con un solo motor. Llevaban demasiado peso y así lo demostraba el hecho de que cada vez volaran más bajo.

—No esperemos más, Taylor — apremió Seaman, nervioso—. Volamos ya a menos de cuatro mil pies de altura. El motor de la izquierda está a punto de pararse y...

Se interrumpió al dar el avión un bandazo que lo hizo cabecear peligrosamente, pero una vez recobrado el equilibrio, añadió:

—¡Por Dios, Taylor! Si caemos en ese desierto no habrá salvación para ninguno. Repito que...

—Ya te he oído, Seaman —le cortó el jefe de la tripulación, que luchaba denodadamente con los mandos—. ¡Maldita sea! ¡Aquí querría yo ver a los “mandamás” de la compañía! ¡Anda! Di a los muchachos que deslastren. Nunca se les presentará otra oportunidad de arrojar por la borda diez millones de libras esterlinas en oro puro.

Presuroso, Eric Seaman abandonó su asiento para salir de la carlinga, pero aún tuvo tiempo de oír que Dylan Taylor añadía:

—Avísame en cuanto hayáis terminado, para dar la vuelta y retroceder. Siempre será mejor que seguir adelante.

Minutos después, libre ya del peso de su carga, el avión consiguió recuperar parte de la altura perdida. Aunque poco duró aquella mejora. Los dos motores laterales dejaron bruscamente de funcionar y la situación volvió a ser crítica.

Volaban ahora sobre una zona detestable. Debajo de ellos se extendía una región de lagunas saladas, casi secas. En realidad, no eran otra cosa que vastas extensiones de terreno húmedo y cenagoso, cubierto de una costra salina.

Un aterrizaje forzoso allí, suponía la muerte segura.

Al cabo de media hora más de vuelo, cada vez a menor altura, el paisaje cambió por completo y no para mejorar, ciertamente. Ahora volaban por encima de una sucesión de landas, llanuras áridas y cordilleras pedregosas de poca altura, totalmente inhábiles para aterrizar. El suelo estaba cubierto del temible *spinifex*, que, no sólo destrozaría las ruedas del avión sino que les haría imposible salir de él en busca de la salvación.

Su única esperanza consistía en que el motor que les quedaba resistiera un poco más. Al menos, hasta que hubieran dejado atrás el dominio de los espinos.

Y fueron transcurriendo los minutos. Perlada la frente de gruesas gotas de sudor, Dylan Taylor manejaba los mandos esforzándose por sacar el máximo provecho al solitario motor del que todos dependían.

—¡Mira esa aguja, Taylor!—exclamó de pronto Eric Seaman, señalando con un dedo hacia el tablero de mandos—. Se ha inmovilizado como si no gastáramos gasolina. ¡Y si esa fuera la explicación de...!

No pudo seguir hablando. En aquel momento, el motor que los sostenía empezó a fallar y el avión hincó el morro.

—¡No hay duda!—chilló el segundo piloto—. La avería proviene de los tubos de alimentación. Ignoro cómo ha podido ocurrir, pero lo cierto es que la gasolina no llega a los motores... ¡Cuidado, Taylor! ¡Vamos a entrar en barrena!

Y así era, en efecto. A pesar de todos los esfuerzos del piloto, el pesado avión se resistía a ser gobernado iniciando su caída hacia el suelo.

Habían alcanzado la región de los “Downs”^{1}, única que les ofrecía posibilidades de aterrizar, pero, desgraciadamente, la escasa velocidad a que ahora volaban, unida a la súbita paralización del último motor, convertía el intento en poco menos que imposible.

En la carlinga de mandos, Dylan Taylor y su compañero Eric Seaman, trataban inútilmente de hacer recobrar el equilibrio al aparato. De los cuatro mil pies, bajaron a los tres mil, luego a los dos mil y, finalmente, al millar, punto que señalaba el derrumbamiento de sus esperanzas.

Poco después, una horrenda explosión rompía con sus ecos el silencio

de aquellas soledades. Rojas lenguas de fuego iluminaron durante casi una hora la vasta planicie donde se estrellara el avión siniestrado. Después, nada.

La inmensidad del desierto absorbió toda clase de ruidos. La única señal que podía dar fe de la catástrofe ocurrida, era una negra nube de humo que se elevaba hacia el cielo. Una nube de humo que también se esfumaría pronto, desapareciendo así todo vestigio de vida en aquellos parajes...

CAPÍTULO PRIMERO

Coolgardie es una región aurífera de la Australia Occidental, cuyas principales poblaciones son Coolgardie y Boorabbin. La primera de ellas, capital de la región, está situada a unas trescientas millas al Este Noroeste de Perth. Fundada en 1892, se convirtió en centro de la región aurífera del Yilgarn.

Su clima es desértico tipo sahariano, con grandes contrastes en la temperatura, cielo limpio y despejado de nubes, aire transparente y seco, lluvias irregulares de carácter tempestuoso y siempre escasas.

En Coolgardie existen las minas de oro más ricas en *mygets*⁽²⁾ de toda Australia. Exceptuando las dos Wellcome⁽³⁾ de las minas de Victoria, en Coolgardie se han encontrado las palacras más grandes.

Su suelo, de arenas gordas auríferas, conocidas por *botton* o *bed-rock*, encierra magníficos “bolsillos” repletos de pepitas, llamados *pockets* por los mineros.

Los placeres (*claims*), se dividían en rectángulos de 55'50 áreas, explotados cada uno por su correspondiente equipo, no muy numeroso. Hoy, el oro aluvial representa poca cosa: del 8 a 10 por ciento de la extracción total.

Por cuenta de poderosas compañías se ataca el cuarzo aurífero a grandes profundidades (1.000, 1.300 y hasta 1.400 metros), separando el amarillo metal de la ganga por el mercurio y el cianuro de potasio.

Coolgardie encierra, pues, cantidades insospechadas del precioso metal. Como población, dispone hoy de teatro, bolsa, club, diez fondas, cervecerías, muchos periódicos y alumbrado eléctrico. El ferrocarril a Perth le ha puesto, desde 1895, a treinta horas de la capital. Y sin embargo...

A pesar de toda esta riqueza, mantenida gracias al agua que llega a través de un canal de derivación de seiscientos kilómetros de largo, procedente del río Swan, Coolgardie seguiría formando parte del inmenso y desolado desierto que le rodea.

Para que el lector se dé una idea aproximada de la realidad, bastará decir que en un radio de doscientas millas a la redonda, “no hay hierba suficiente para alimentar a un conejo”.

Estamos en el mes de febrero de 1947. En las oficinas de la “Coolgardie Gold Company”, reina gran agitación. Desde el director al último empleado, reflejan en sus rostros el nervosismo de una grave preocupación.

Las centralitas telefónicas y los teletipos no cesan de funcionar cursando y recibiendo mensajes. Lo mismo ocurre con las emisoras, de cuyas noticias está pendientes toda la población.

¿Y cuál es el motivo de tanto nervosismo?

Entremos en el despacho del director de la “Coolgardie Gold Company”.

Detrás de la monumental mesa de escritorio, Sydney Ramsey, el cerebro que dirigía la explotación aurífera de Coolgardie, tabaleaba con los dedos sobre una carpeta, mientras a través de los cristales de sus lentes, contemplaba con verdadera ansiedad al hombre sentado frente a él. Luego, carraspeando para aclararse la garganta, señaló con un dedo a un taco de almanaque que marcaba un miércoles 17, y dijo:

—Usted es ahora nuestra única esperanza, señor Symons. Han transcurrido diez días sin que nuestros aviones de reconocimiento hayan encontrado nada, lo cual quiere decir que desde el aire resulta imposible... Sí, ya sé que se trata de un desierto pelado, y, por lo tanto, ideal para el reconocimiento aéreo. Pero también es verdad que el spinifex se basta y se sobra para disimular lo que buscamos. Habrá que hacerlo directamente sobre el terreno y sólo usted es capaz de triunfar en esta empresa. Su perfecto conocimiento de la región, así como su amistad con los escasos nativos que, llamémoslo de algún modo, viven en esas soledades, pueden sernos más útiles que los esfuerzos desplegados de toda la R. A. F. Es absolutamente necesario que encontremos ese transporte. Y no precisamente por el valor de su carga y por las vidas de los seis hombres que iban en él, a los cuales me temo que habrá que dar por muertos, sino por algo más importante. A usted se lo puedo decir, señor Symons. Se trata, sencillamente, de que ese oro no es nuestro.

Esperó el director de la “Coolgardie Gold Company” a que le hicieran alguna pregunta, pero al notar que su interlocutor continuaba sin despegar los labios, continuó:

—Como depositarios del metal puro de toda la región, nuestra compañía tiene en custodia todas las existencias del año, siendo la encargada de efectuar su entrega al crucero de Su Majestad que en esta época viene a recogerlo. Ahora bien, señalado por el observatorio de Perth la posibilidad de que se desencadenen los *willy-willies*⁽⁴⁾ en el litoral de esta zona, el Almirantazgo ha decidido hacer el embarque este año en el puerto de Condon, al Norte del continente. Esa es la razón de que ordenara el traslado de nuestros depósitos a Pilbarra, transportando por aire sobre el desierto, como itinerario más corto, aunque más peligroso, todo el oro de nuestras arcas.

El director hizo una pausa para enjugarse el sudor de la frente y prosiguió:

—El problema no estriba en la pérdida del oro, ya que todo se reduciría a una disminución, aunque notable, de la entrega. El mal consiste en las consecuencias que esto acarrearía a la Compañía. Me explicaré. Ignoro si está usted enterado de la rivalidad existente entre la “Coolgardie Gold

Company” y la “Gold Woodcok Company”. Desde que terminó la guerra, la “Gold Woodcok” está trabajando, valiéndose de todos los medios a su alcance, por desposeer a la “Coolgardie Gold” de su categoría de rectora. Últimamente presentó ante el Parlamento de Londres, nada menos que una solicitud de anulación de nuestro real privilegio, basándose en que no ofrecíamos las suficientes garantías por nuestros métodos anticuados. Se referían a que hasta ahora hemos utilizado siempre el ferrocarril nacional para nuestros transportes, sin haber hecho nada por mejorar el sistema, o al menos prever cualquier eventualidad. Y hacían esta pregunta: ¿Qué ocurriría si por cualquier causa, hubiera que elegir otro puerto de embarque no fuera precisamente el de Perth?

Tras otra pausa, Ramsey siguió diciendo:

—Aquí es donde empieza el problema. Precisamente para demostrar a nuestros rivales que sus argumentos sólo eran un intento de desacreditarnos, aproveché la circunstancia de que el Almirantazgo escogiese este año el puerto de Condon para proceder a la recogida de las existencias de oro y situar nuestros depósitos en Pilbarra. Y en vez de utilizar para el traslado el ferrocarril del litoral, decidí efectuarlo por vía aérea y con medios propios. Nuestros aviones de transporte hicieron en primer lugar un vuelo de prueba cubriendo todo el trayecto. Luego se empezó a transportar mineral, dejando precisamente para el último viaje la remesa de mayor envergadura. Y ésta es la que no ha llegado a su destino. ¿Empieza a comprender? Si dentro de tres meses, fecha señalada para la entrega del oro en Condon, no presentamos el total de envío, además de la indemnización que habremos de satisfacer, la “Gold Woodcok Company” no tendrá que esforzarse mucho para conseguir su propósito de convertirse en Sociedad rectora.

Lawrence Symons, el hombre que escuchaba desde el otro lado de la mesa, abandonó la cómoda postura que había adoptado al sentarse en el sillón. Después, adelantando el busto, habló por primera vez.

—Después de oír sus palabras, señor Ramsey—comentó—, resulta evidente que todo ese interés que demuestra la “Gold Woodcok” por desbancar a la “Coolgardie Gold” de su privilegiado puesto de rectora, responde a algo importante. ¿Sería indiscreción preguntar en qué consiste ese privilegio tan envidiado?

El director, no obstante su preocupación interior, se permitió el lujo de esbozar una sonrisa.

—La respuesta a su pregunta es una sola palabra, señor Symons — dijo después, recobrando su seriedad. —Una palabra llamada *score*, suficiente por sí misma para explicar todo el interés de la “Gold Woodcok”.

Aquella palabra, como aseguraba el director, podía explicarlo todo a los que conocieran su significado. Pero Lawrence Symons lo ignoraba y así lo dio a entender.

—¿Quiere aclararme eso mejor, señor Ramsey?

—Con mucho gusto — respondió el director, cayendo en la cuenta de que no estaba hablando con un técnico en sociedades mineras, sino con un explorador—. La palabra *score* significa entre nosotros algo así como arancel de explotación. *Score* es el arbitrio que percibe la entidad rectora por cada lingote de mineral puro que sale de la región. Sin ese requisito, no puede salir de aquí.

Los labios de Lawrence Symons esbozaron una mueca extraña.

—Entonces, eso significa que la “Coolgardie Gold” dispone de mayores ingresos que las demás Compañías. ¿Me equivoco?

—No. Acierta usted en toda la línea. Por eso precisamente...

—¿A qué se destinan esos ingresos extraordinarios, señor Ramsey?—le interrumpió el cazador, sin dejarle acabar.

—Pues, una mitad va a parar a las arcas reales y la otra se reparte como dividendo entre los accionistas. Al cabo del año suponen varios millones de libras esterlinas que... ¿A dónde va, señor Symons?

La última pregunta la formuló el director, al ver cómo su visitante se ponía de pie, y, después de recoger su sombrero de la percha cercana, se dirigía hacia la puerta.

Aunque no salió. De espaldas a ella, miró hacia la mesa para decir:

—Lo siento, señor Ramsey. Puesto que recuperar ese oro sólo significa un aumento de dividendos para sus accionistas, que sean ellos los que se expongan buscándolo. La vida de cualquiera de mis camellos es para mí más preciosa que todo el oro de sus minas. Buenos días, señor Ramsey.

De un brusco tirón, abrió la puerta y...

—¡Señor Symons!

—¡Señor Ramsey!

Los dos nombres se mezclaron en una misma exclamación, aunque pronunciada con diferente timbre. La primera había brotado de los labios del director de la “Coolgardie Gold”, llamando al que ya se disponía a abandonar el despacho. La segunda procedía de la garganta de una mujer que acababa de entrar corriendo y se precipitaba hacia la mesa.

—¡Señor Ramsey! — repitió la recién llegada excitadísima—. ¡He recibido noticias de mí hermano! ¡Ahora ya no hay duda de que vive!

Lawrence Symons había retrocedido unos pasos para mirar a la mujer.

Se trataba de una muchacha de unos veinticinco años de edad. De espléndida figura y desarrollado busto que hacía resaltar su arrogante presencia. Su bellissimo rostro aureolado por una espesa y sedosa cabellera rubia, mostraba ahora esos ojos grandes, azules y límpidos que brillaban como dos ascuas.

Sin embargo, no había sido la indiscutible belleza de su persona la razón de que Lawrence Symons cerrara la puerta y se acercara de nuevo a la enorme mesa. Aquel súbito cambio se debía a lo que llevaba la

muchacha en una mano y a las palabras que acababa de pronunciar.

—¡Mire, señor Ramsey!—volvió a oírla exclamar, cada vez más excitada—. Se presentó hace escasamente media hora. Tiene una ala rota y toda ella está magullada. Pero consiguió llegar a su destino. ¿No es extraordinario?

Saltaba a la vista que el director de la “Coolgardie Gold” no comprendía una sola palabra de lo que estaba oyendo. Para él era mucho más importante la presencia del hombre que por un momento temió que iba a marcharse. De ahí que parpadeara sorprendido al oír que era precisamente el explorador quien le decía:

—Corrijame si me equivoco, señor Ramsey. Al entrar, esta señorita ha mencionado a su hermano. ¿Se refiere, por casualidad, a alguien que iba en el avión desaparecido?

El director no tuvo tiempo de responder. Fue la muchacha quien lo hizo.

—Sí, señor—dijo, muy seria—. Mi hermano es el primer piloto de ese avión. Y digo “es” porque ahora estoy segura de que vive.

—La felicito por ello, señorita — respondió el explorador, para añadir a continuación: —¿Quiere decirnos por qué está tan segura de que su hermano vive?

Esta vez ella se volvió hacia el asombrado director, en mudo gesto de que la aclarase quién era aquel desconocido que la hacía preguntas.

—Es Lawrence Symons, señorita Taylor —se apresuró a declarar Ramsey, comprendiendo enseguida—. El único hombre capaz de sacar a su hermano de ese temible desierto, si es que realmente vive. Lo envié a buscar solicitando su ayuda para recuperar el oro, pero se marchaba sin aceptar cuando usted apareció.

Los bellísimos ojos de la joven relampaguearon al oír aquellas palabras.

—Veamos si cambia de parecer, señor Symons — se encaró con el explorador—. Estoy dispuesta a darle el doble de lo que le ofrezca la “Coolgardie Gold Company” por su “valiosísima” ayuda. ¿Acepta ahora?

Escandalizado, el director se llevó las manos a la cabeza. Le habían advertido de la clase de hombre que era Lawrence Symons y la muchacha se dirigía a él como si se tratara de un vulgar aventurero que se vendiera al mejor postor.

—¡Señorita Taylor!—exclamó, temeroso de las consecuencias de aquel proceder—. El señor Symons no...

—Perdón, señor Ramsey — le interrumpió el explorador, sin dejarle continuar—. La señorita se ha dirigido a mí. Por lo tanto, soy yo quien tiene que responder.

Se volvió hacia la muchacha y prosiguió:

—Sus argumentos son aplastantes, señorita. Tanto, que estoy dispuesto a aceptar su oferta si me convence también de que su hermano vive, como

acaba de decir. ¿En qué basa tanta seguridad?

Antes de responder, Ira Taylor miró al director de la “Coolgardie Gold”. Su rostro reflejaba ahora una expresión victoriosa.

—Voy a responder a su pregunta, señor Symons. _Se encaró ahora con el explorador. Alargó la mano para mostrar lo que sostenía en ella y añadió: —¿Ve esta paloma? Pues se trata de una de las que llevaba mi hermano en el avión de transporte... Sí. Es una paloma mensajera — añadió, al ver que Lawrence escudriñaba en las patas del animal—. En Coolgardie todo el mundo conoce la afición de mí hermano por esta clase de palomas. Fuese a donde fuese, siempre llevaba algunas con él. Las utilizaba para comunicarse conmigo, aunque sin sospechar que algún día servirían para algo más importante que enviar una simple nota de saludo. En esta ocasión, por ejemplo, han servido para traerme la noticia de que cuando la soltó, por lo menos, aún estaba vivo.

—Todo eso está muy bien, señorita — dijo Lawrence Symons, impaciente—. Sabemos ya que esa paloma la llevaba su hermano en el avión de transporte. Pero ganaríamos más tiempo si nos enseña de una vez el mensaje que debió enviar con ella.

—Si se refiere usted a un mensaje escrito—respondió Ira, haciendo parpadear a los dos hombres—, lamento defraudarle, señor Symons. O no podía escribir o carecía de medios para hacerlo. Lo único, que trajo la paloma, fue esto.

Y la muchacha mostró, ante los asombrados ojos de sus dos oyentes, un anillo de oro en forma de sello, con las iniciales D. T.

—Este anillo — explicó —se lo regalé yo a mí hermano hace unos cinco años. Como mensaje dice muy poco, salvo que tuvo que ser él quien lo puso en la pata de la paloma.

Lawrence Symons se había quedado pensativo. Pero de pronto...

—¿Puede decirme, exactamente, cuántas palomas se llevó su hermano en este viaje?

—Seis. Las mismas de siempre. Únicamente cambiaba de jaula. Las tiene organizadas en grupos, según el color, y en cada viaje se lleva uno distinto. Esta vez le tocó a las negras. No me extrañaría nada que se presentara alguna más.

—Será mejor que no las espere, señorita—advirtió el explorador—. Una ojeada al cuerpo de este animal es suficiente para comprender que ya se encontraba así cuando su hermano la soltó. Este detalle y el de no haber enviado ningún papel escrito, demuestra que en el accidente debieron morir las otras, así como que todo quedó destruido. De haber dispuesto de palomas en mejores condiciones que ésta, desde luego hubieran llegado antes, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Bien. ¿Y qué me dice usted del tiempo que empleó hasta llegar aquí?

Suponiendo que la paloma emprendiera el viaje el mismo día del accidente, han transcurrido diez desde entonces. Y si a eso añadimos el tiempo que tardaríamos nosotros en dar con su paradero, eso suponiendo que lo encontremos, las posibilidades de que su hermano se salve son muy escasas.

Al oír aquello, Ira Taylor irguió el busto, mientras llameaban sus ojos.

—¿Debo entender, entonces, que rechaza mi oferta, señor Symons? —preguntó.

—No. Sé muy bien lo que es vivir de esperanzas. Trato únicamente de no estimular las tuyas. Usted señor Ramsey — se encaró con el director —, se encargará de tener dispuesto un avión de socorro para el caso de que lo necesitemos. Se enterará por la señorita. Pienso llevarme una de las jaulas de palomas que criaba su hermano y servirme de ellas para comunicarles nuestra situación.

—¡Magnífico! —exclamó el director de la “Coolgardie Gold”, entusiasmado—. Estaba seguro de que al final accedería a prestarme su ayuda... ¿Cuándo piensa salir?

—Esta misma tarde. Aunque vine preparado, faltan algunas cosas... ¿Dónde puedo recoger esas palomas, señorita?

—Se las llevaré yo misma cuando vaya a reunirme con usted —contestó la muchacha, para añadir inmediatamente—: De ahora en adelante, hasta que hayamos salvado a mí hermano, no me separaré de su lado. No tengo miedo a ese desierto. Además, con un guía que cuesta tan caro hay que suponer que va una segura.

Por segunda vez, el director se llevó las manos a la cabeza. Temiendo lo peor, dirigió la mirada hacia el explorador. Pero respiró aliviado al oírle responder a Ira:

—El que paga manda, señorita. Por lo tanto, si es usted tan loca como para meterse por gusto en un infierno, allá usted. Ahora bien. Por si acaso se queda usted en él, será mejor que entregue al señor Ramsey, antes de salir, el importe de mis honorarios... ¿Ha oído, señor Ramsey? Cobrele a la señorita el doble de lo que me tiene que dar usted. No se equivoquen en el cálculo, ¿eh? Ha de ser el doble... Buenos días.

Y sin añadir una palabra más, se despidió con una leve inclinación de cabeza y salió del despacho.

—Por un momento creí que lo iba a estropear usted todo, señorita Taylor — habló el director, apenas se quedaron solos él y la muchacha—. Aún no comprendo por qué ha accedido a ayudarnos.

—¿Ayudarnos? Yo no entiendo por ayuda los servicios que se cobran. Y a propósito. ¿Cuántos ceros pongo al cheque que he de extender?

Sonriendo ahora interiormente, respondió Ramsey:

—Dos. Dos y sin ningún número delante.

—¡Cómo! —exclamó ella—. Lo que dice no tiene ningún valor.

—¡Claro que lo tiene! Exactamente el doble de lo que nos cobra a nosotros. ¿No fue esa su oferta?

—Sí, pero...

—Hace bien en avergonzarse, señorita — habló el director de la “Coolgardie Gold Company”, adivinando la razón de que ella se interrumpiera—. Trató usted a Lawrence Symons como a un vulgar aventurero y ya ve lo que son las cosas. Ese hombre no cobra nada por sus servicios. Se negó a exponer la vida de uno solo de sus camellos cuando le rogué que me buscara los diez millones de libras esterlinas en oro, extraviadas en el desierto. En cambio, en cuanto supo que había una remota esperanza de salvar a una persona no lo pensó dos veces. Si realmente vive su hermano, casi puede estar segura de que él le encontrará.

CAPÍTULO II

—Señor Symons —la voz de Ira Taylor tenía ahora un timbre de sumisión que la dulcificaba. Y perdida también parte de su arrogancia, toda ella había ganado en delicadeza—. He venido a suplicar su perdón por mi estúpida manera de tratarle esta mañana. Estoy tan abochornada que...

—Olvídelo, señorita Taylor — la interrumpió el explorador, mientras colocaba el fardo que acababa de recoger del suelo, sobre uno de los camellos que ocupaban la explanada frente a las oficinas de la “Coolgardie Gold Company”—. El que tiene que perdonar algo es porque ha sido ofendido. Y yo no me encuentro en ese caso... ¿Ha traído las palomas?

—No tardarán en llegar. Las trae un mozo, junto con mi equipaje.

Lawrence Symons dejó ahora lo que estaba haciendo para encararse a la joven.

—Aclaremos esto de una vez, señorita — dijo, muy serio—. ¿Es que, de veras, piensa acompañarme?

—¡Pues claro! — exclamó ella, aguantando firme la mirada de él—. ¿Olvida usted que es a mí hermano a quien vamos a buscar?

—Bien, ¿y qué? ¿Acaso es motivo para que se exponga usted también? ¿O es que cree que yendo yo solo no pondré el suficiente empeño?

Apreció ella claramente que el explorador se sentía molesto por sus palabras y se apresuró a contestar:

—Por favor, señor Symons. Le he pedido ya perdón por mi comportamiento de esta mañana. No siga juzgándome mal por querer acompañarle. Ahora sé quién es usted y le tengo plena confianza. Prueba de ello es que con nadie más me atrevería a meterme en ese desierto.

—Supongo que esperará que le dé las gracias por el cumplido. Pues no. Sigo creyendo que es usted una testaruda. Prefiero que se enfade ahora a que lo haga cuando ya sea demasiado tarde. ¿No se da cuenta de que sólo trato de evitarle muchos disgustos?

—Sí. Sé muy bien que esa es su intención. Pero no conseguiré convencerme. Pase lo que pase, le prometo no quejarme nunca. ¡Por favor, señor Symons! No discutamos más.

El explorador ya no tuvo la menor duda de que tratar de disuadirla sería perder lastimosamente el tiempo.

—De acuerdo — accedió por fin—. Puesto que se empeña, allá usted. Pero luego no me eché en cara que no la advertí. Se arrepentirá muchas veces de no haberme hecho caso.

Y así fue como Ira Taylor entró a formar parte de la expedición de socorro que mandaba Lawrence Symons.

Dos horas después abandonaban el recinto poblado de Coolgardie y se adentraban en el desierto. A la cabeza de sus veinte camellos⁽⁵⁾, Lawrence Symons señaló hacia el Norte como primera dirección a seguir.

Durante el resto de la tarde, atravesaron una región llana, arenosa, sembrada aquí y allá de algunas matas de camarina y cubierta, a intervalos, del inevitable spinifex. Descansaron durante la noche y a la mañana siguiente prosiguieron el camino.

El spinifex comenzó a ser cada vez más abundante, cubriendo el terreno en toda la extensión que alcanzaba la vista. Ira Taylor no se explicaba cómo el explorador se atrevía a continuar adelante.

Pero pronto supo la razón.

Cuando ya creía que iban a adentrarse entre los espinos, Lawrence Symons ordenó bruscamente cambiar de dirección.

Ahora avanzaban hacia el Oeste. Cruzando el inmenso campo de aquella mancha vegetal, bordeando los islotes revestidos de dardos tan punzantes que hieren dolorosamente a quien trata de atravesarlos, se adentraron en el *skrub* espinoso e impenetrable.

El spinifex, puerco-espín, llamado también triodia, es de altura variable, pero constituye uno de los más enojosos encuentros que se pueden tener en el desierto.

Se trata de una hierba espinosa, acerada, que crece en matas de dieciocho pulgadas a cinco pies de diámetro. Cuando los retoños son muy tiernos tienen un color verde. Pero a medida que envejecen toman un tinte que recuerda al de la paja, y en vez de dar vida al paisaje, comunicante un aspecto más desolado.

Ni aun los camellos quieren comerla y hasta evitan pisarlas. El jugo vegetal que penetra en las heridas que produce, las irrita de tal manera, que no es raro produzcan la muerte en caballos y camellos.

Inútil es decir que allí donde esta planta se desarrolla, el terreno no se presta en modo alguno a la cría de ganado.

Por fortuna para los expedicionarios, disponían de un jefe perfecto conocedor de todos los recursos para luchar contra el desierto. Hacia el mediodía, habían dejado a su derecha el temible y pavoroso *skrub*. En el horizonte divisaron algunas colinas bajas y el suelo empezaba a ser ligeramente ondulado.

No se notaba demasiado calor, pero había tanta sequedad en el ambiente que pronto se hicieron notar sus efectos. El jefe de los camelleros se acercó a Lawrence Symons para anunciar, asustado:

—¡Sahib! ¡Sahib! Nos estamos quedando sin agua. Los *water-bag*⁽⁶⁾, empiezan a encogerse, señal de que se evapora su contenido.

Al oír aquellas palabras, Ira Taylor miró al rostro del explorador tratando de descubrir la sensación que producía en él aquella noticia.

—Tranquilízate, Charley — le oyó decir, perfectamente tranquilo—.

Por esta vez la cosa tiene importancia. ¿Ves aquellos gorriones-diamante que revolotean a lo lejos? Pues eso quiere decir que allí hay agua.

Y así fué. Al cabo de unas tres horas de caminar, descubrieron dos pozos naturales muy abundantes.

Estos pozos, de los cuales depende tan a menudo la vida de los exploradores y sin los cuales no se podría atravesar el continente australiano, son pequeñas cavidades en línea curva, abiertas en la arena. Como el agua está al abrigo del sol no hay tanta evaporación. Su profundidad suele ser de cinco pies, aunque en ocasiones es mayor.

Durante el día se podría pasar a una docena de pasos de estos preciosos depósitos sin distinguirlos por la noche resulta imposible hallarlos.

Mientras los camelleros hacían nueva provisión del preciado líquido, el explorador se dedicó a echar un vistazo a los animales de los cuales dependían. Empleó cerca de una hora en la operación y, por fin, se reunió con la muchacha, junto a los pozos.

Creyó entonces ella que iba a proseguir su camino, pero se llevó una sorpresa cuando le oyó ordenar, dirigiéndose a su hombre de confianza:

—Pasaremos aquí la noche, Charley. Y oye bien esto: Que Gregory y Hughes no se separen de los camellos. ¿Entendidos?

—Entendidos, sahib. Así se lo comunicaré a ellos.

Apenas se quedaron solos, la muchacha se encaró con el explorador.

—Perdone mi curiosidad, señor Symons — declaró. — ¿Quiere decirme por qué no continuamos? Disponemos de agua en abundancia y todavía quedan varias horas de sol.

Lawrence Symons clavó sus aceradas pupilas en las de ella. Luego respondió:

—En este desierto no es conveniente tener demasiada prisa, señorita. A veces, perder unas horas de viaje significa ganar tiempo.

—No le entiendo, señor Symons. Habla usted cual si estuviera preocupado por algo.

—Y lo estoy, para qué negarlo. Noto algo raro en los camellos y eso me da mala espina. Quizá sea debido a que extrañan a los dos que tuvimos que sustituir en Coolgardie. Pero así y todo no me gusta nada lo que noto en ellos.

Instintivamente, la muchacha dirigió la vista hacia donde se encontraban los animales. Pero por más que lo intentó no consiguió descubrir nada que llamara su atención.

—La verdad, señor Symons — se volvió de nuevo hacia el explorador —. Yo no veo nada raro en ellos. Entiendo poco de camellos, pero...

—Pero cree que se daría cuenta de cualquier cosa que les ocurriera, ¿no es eso? Lamento defraudarla, señorita. Se necesitan muchos años de práctica para conocer bien a esta clase de animales. Dice usted que no les

nota nada raro, ¿verdad? Bien. Pues yo le aseguro que están nerviosos. Como si les preocupara algo. Por eso no continuamos. Quiero descubrir antes cuál es la causa de esa excitación.

Y llegó la noche. Una noche de cielo despejado en el que las estrellas brillaban con extraordinario fulgor. El suelo, como una inmensa tabla sin límites, era una mancha inacabable, débilmente iluminada por el reflejo de aquella tenue luz. Sólo cuando saliera la luna sería posible distinguir los objetos a distancia. Hasta entonces todo sería difuso y vago. Como visto a través de una gasa.

Junto al pequeño declive que señalaba el emplazamiento de los pozos, Ira Taylor y el explorador se habían acostado sobre unas mantas. La muchacha en la parte más próxima a los depósitos, y él, a una docena de yardas, en dirección a donde se encontraban los camellos.

Fueron pasando los minutos sin que ninguno dijera nada. El pesado silencio del ambiente parecía haberse apoderado de todo. Incluso los mismos animales no hacían el menor ruido.

Ira Taylor no se dio cuenta de que se había quedado dormida hasta que de pronto, al abrir los ojos, percibió la luz de la luna que iluminaba ahora el paisaje. Frente a ella distinguía los bultos de los camellos y más cerca, el que hacía el cuerpo del explorador, totalmente cubierto con la manta.

El silencio seguía siendo el amo del ambiente. La inacabable llanura donde se encontraban ni siquiera permitía percibir el susurro del viento. Era el contraste entre lo inmenso y lo mezquino. Aunque desolada, aquella grandeza absorbía las cosas menudas.

Ira Taylor nunca se sintió tan pequeña como entonces. Sin saber a qué achacarlo, súbitamente sintió el imperioso deseo de oír algo. Si continuaba más tiempo sumida en aquel profundo silencio terminaría por gritar. No podía resistir más y...

De pronto se estremeció. La sensación de vacío que sintiera hasta entonces se cortó de súbito por algo que hizo vibrar sus tímpanos. Había sido algo apenas audible, pero que, por inesperado y deseado a la vez, produjo en su oído efectos de clara resonancia.

Sin embargo, no se movió. Tumbada de lado como estaba, avizoró por delante de ella, completamente convencida de que había sido por allí por donde sonara aquel ruido.

Su órgano auditivo, ansioso de captar cualquier sonoridad que le permitiera cumplir la misión para la que había sido creado, no podía equivocarse en aquella ocasión. Incluso hubiera podido definir con exactitud lo que había oído: El sigiloso deslizarse de un cuerpo sobre la arena.

Ira Taylor continuó mirando hasta que, finalmente, descubrió la causa de aquel ruido.

Lentamente, con prudencia exagerada que descubría sus sinuosas

intenciones, alguien se arrastraba hacia donde descansaba el explorador. Pulgada a pulgada iba avanzando sin hacer otro ruido que el ya captado por la joven, aunque ahora le fuera imposible percibirlo. Llegó, por fin, a lo que sin duda alguna era su meta y entonces...

En el breve intervalo de un segundo, el silencioso campamento se llenó de ruidos. Pero el primero brotó de la garganta de Ira. Fue un grito agudo y penetrante que se propagó en el inmenso desierto. Lo había soltado al ver que...

El bulto que se deslizaba sobre la arena se incorporaba de pronto. Luego, un brazo que blandía algo reluciente asaeteaba el aire y descargaba su golpe sobre la inmóvil figura del dormido explorador.

Horrorizada, Ira Taylor esperó oír el gemido de dolor que Lawrence Symons debería dejar escapar al sentirse herido. Pero lo que oyó fue algo muy distinto.

Mezclado con el desagradable mugido de los camellos, súbitamente encabritados, la voz del explorador gritó en la noche:

—¡A tu izquierda, Charley! ¡No le dejéis escapar!

Casi al mismo tiempo, ante los asombrados ojos de la muchacha, surgió un bulto que se precipitaba sobre el que, fallido su intento, emprendía veloz carrera hacia la izquierda del campamento, donde la luna recortaba la silueta de dos camellos en posición de echar a correr. Luego...

A los pálidos reflejos del astro de la noche, Ira pudo ver cómo uno de los camellos cuyas figuras se recortaban borrosamente en la semiobscuridad, echaba a correr en la misma dirección que ellos habían traído. El segundo, en cambio, aunque se movía impaciente, parecía esperar algo. Algo que la muchacha supo enseguida lo que era: El individuo que intentara asesinar al explorador y que, en aquel momento, casi estaba a punto de alcanzar al animal.

Pero no lo consiguió.

Cuando apenas un par de yardas le separaban del camello, Lawrence Symons cayó sobre él. Y mientras con agilidad esquivaba el tajo que el otro le largaba, uno de sus puños martilleó con fuerza el cuerpo del fugitivo. Este soltó una maldición y se dobló por la cintura. Entonces recibió un nuevo golpe, esta vez en la nuca, y se precipitó de bruces sobre la arena.

Ira Taylor se había levantado ya y corría hacia el explorador. Ella y el jefe de los camelleros llegaron a la vez, precisamente en el momento en que Lawrence Symons se incorporaba junto al que acababa de vencer.

—Ordené que no dejarais escapar al otro, Charley —reprendió el camellero—. ¿Qué diablos os pasó que ninguno salió en su persecución?

—Es lo que venía a decirle, Sahib —y al hablar, el camellero parecía realmente acongojado—. Mi camello se está muriendo y los demás empiezan a rebelarse... ¡Maldito asesino! ¡Déjeme que le...!

El explorador le detuvo con un gesto. A las primeras palabras del

hombre manifestó.

—No te preocupes de este tipo, Charley. El mismo se ha dado su merecido, clavándose su cuchillo al caer. Lo que importa ahora son los camellos. Hazte cargo de ése y llévale con los otros... Sígame, señorita.

A todo correr se dirigieron hacia el corro de añiles que, como había dicho Charley, daban muestras de gran excitación. Sus conductores hacían cuanto estaba a su alcance para tranquilizarlos, pero cada vez les costaba más trabajo dominarlos.

—¡Gregory! ¡Hughes! —llamó el explorador, apenas él y la muchacha entraron en el corro—. Sacad un tarro de mostaza y diluidla en agua. ¡Rápido!

Obedecida la orden con toda prontitud, Lawrence Symons procedió a verter el líquido en la boca del animal que era cabeza de manada.

Al primer vistazo se había dado cuenta de que lo habían envenenado. Y sólo había una explicación: Provocar una estampida de los otros, condenando a los expedicionarios a una muerte segura.

Como se sabe, mientras el macho principal conserva la dirección de la manada, los jóvenes permanecen bastante tranquilos. Más si por enfermedad o cualquier otro accidente falta aquél, prodúcese el desorden. Cada macho procura establecer su dominio. Si no se les vigila cuidadosamente, arrastran consigo el mayor número de hembras, y huyen.

Por fortuna, al cabo de una hora el animal empezó a manifestarse con mejoría. La mostaza ingerida surgió el efecto deseado.

—¿Cree que se salvará, señor Symons? —preguntó Ira, cuando el explorador dio por terminado su trabajo.

—Al menos confío en ello —respondió él, mientras se secaba el sudor con el dorso de la mano. Y añadió, echando a andar hacia donde habían dejado las mantas —: Hemos tenido suerte. De haber ocurrido esto en plena marcha, nos hubiéramos quedado sin camellos. ¿Se convence ahora de que yo tenía razón cuando aseguré que notaba algo raro en ellos? Ahora ya puedo decirle cuál era la causa de su excitación. Simplemente, presentían la enfermedad de su jefe.

Los ojos de la muchacha reflejaban honda admiración.

—Dígame otra cosa, señor Symons —solicitó de pronto—. ¿Dónde estaba usted cuando aquel hombre intentó asesinarle? Lo mismo que él, yo hubiera jurado que dormía profundamente en su sitio. El bulto que hacían las mantas...

—No era otra cosa que otras dos mantas colocadas debajo —la interrumpió él, para seguir explicando: — En cuanto usted se quedó dormida me levanté para acercarme hasta los camellos. Y arreglé mi lecho de forma que diera la impresión de que estaba dormido, para que si usted se despertaba no le extrañara mi ausencia. Y ya vió que fue una suerte. No se puede dudar de que los dos camelleros que tan desinteresadamente se

brindaron a substituir a los que echamos de menos antes de salir de Coolgardie, poseían órdenes concretas de lo que tenían que hacer: Liquidarme a mí como jefe de la expedición y dejar a los demás sin medios de transporte. Por cierto que lo planearon muy bien. Envenenando al macho principal de la manada de camellos, los demás no hubieran seguido mucho tiempo juntos.

—Me asusta usted, señor Symons — murmuró, preocupada—. ¿Supone, acaso, que hay alguien interesado en hacer fracasar nuestra expedición?

Lawrence Symons esbozó una sonrisa.

—No lo supongo, señorita — respondió después, recobrada su seriedad—. Lo afirmo rotundamente. Incluso puedo decirle quién contrató a esos dos asesinos: La “Gold Woodcok Company”... ¿Qué le ocurre? ¿A qué se debe esa cara de sorpresa?

Pero la sorpresa se la llevó él, cuando oyó la respuesta de la joven.

—¡Eso es imposible, señor Symons! — acababa de exclamar ella—. Por si no lo sabe, entérese de una vez: ¡La “Gold Woodcok Company” soy yo! Mejor dicho: Soy su mayor accionista.

CAPÍTULO III

Una bomba que hubiera estallado a los pies del explorador no habría producido en él mayor impresión, Aunque enseguida reaccionó, al encontrar por fin la explicación a una duda que, desde el momento en que conoció a la joven, había sido su obsesión. Pero ahora ya no resultaba extraordinario. Estaba bien claro por qué Ira Taylor había podido ofrecerle el doble de lo que ella creía le daba la “Coolgardie Gold Company”. Si realmente era cierto, y no había razón para dudarlo, que era la mayor accionista de la “Gold Woodcok Company”, la Taylor debía poseer una inmensa fortuna.

Ahora bien: Lo que no tenía pies ni cabeza era el hecho de que, siendo así, su hermano trabajara como piloto y precisamente para la “Coolgardie Gold Company”.

—No hace falta ser un lince para darse cuenta de que está usted desconcertado, señor Symons — habló ella, interrumpiendo los pensamientos de él—. ¿Me equivoco o lo que más le llama la atención es que, siendo yo lo que acabo de decir, mi hermano trabaje para la compañía rival?

Parpadeó el explorador al advertir que ella había adivinado sus pensamientos, pero reaccionando a tiempo, respondió:

Ha dado usted en el clavo, señorita. Eso es precisamente lo que estaba pensando. Y la verdad. Reconozca que tengo motivos para asombrarme. ¿Puedo esperar una explicación?

—Desde luego. Es la mar de sencilla. Cuando se constituyó la “Gold Woodcok Company”, la única compañía fuerte que existía en Coolgardie era precisamente la que lleva su nombre, la que rige Ramsey. Era la más poderosa, aunque pronto dejó de serlo. Bastó que mi padre ofreciera a la “Gold Woodcok Company” sus yacimientos de Vilgarn, para que la hasta entonces rectora de todas las explotaciones, perdiera su hegemonía. De no ser por el *score*, hace tiempo que no existiría como entidad o habría sido absorbida por la “Gold Woodcok Company”. Pero no nos apartemos de la cuestión. Le hablaré de mí hermano y de mí, que es lo que a usted le tiene intrigado.

Hizo una pausa para dejarse caer sobre las mantas y, una vez sentada, prosiguió:



Se cobijó en su pecho...

—Cuando estalló la guerra, mi padre y mi hermano tuvieron una discusión. Mi padre decía que para servir a la patria no era preciso tomar parte activa en la lucha, como mi hermano quería hacer. Pero Dylan era de distinta opinión. A pesar de la prohibición de mi padre, se alistó en la R.A.F. El resultado fue que mi padre no le perdonó aquella rebelión a su autoridad y se enemistaron. Y no fue eso solo. Unos días después modificó su testamento, dejándome a mí como única heredera, pero con la condición de que mi hermano no debía percibir un solo penique. Mi desobediencia o mi muerte llevaría consigo la anulación del testamento, pasando toda la fortuna a poder de la “Gold Woodcok Company”.

La muchacha hizo una nueva pausa y luego continuó:

—Quizá sea debido a que mi hermano y yo heredamos de nuestra madre su temperamento. El caso es que me dolió tanto aquella resolución de mi padre que decidí no tocar su fortuna para nada. Y así lo he hecho, a pesar de que ya han transcurrido dos años desde su fallecimiento. Oficialmente soy la dueña de más de la mitad de las acciones de la “Gold Woodcok Company”, pero hasta la fecha no he gastado un solo penique que procediera de ellas. La propia Compañía se cuida de ingresar los dividendos en un fondo a mi nombre, que yo no pensaba tocar nunca hasta que cometí la plancha de hacerle aquella oferta en el despacho del señor Ramsey.

—Hábleme de su hermano y de sus relaciones con la “Coolgardie Gold Company” — solicitó el explorador, a todas luces interesado.

—De él iba a hablarle ahora —repuso Ira—. Al terminar la guerra fue cuando mi hermano Dylan se enteró de lo que mi padre había hecho con él. Pero no se enfadó por ello, sino por lo que él consideraba exceso de puntillo refiriéndose a mi decisión. Luego, al convencerse de que yo no cedía, optó por dejar las cosas como estaban. Solicitó trabajo de piloto en la “Coolgardie Gold Company” y así fue como entró a trabajar para ella. Con sus viajes y su afición a las palomas mensajeras ha vivido feliz todo este tiempo, constituyendo yo su única preocupación. ¿Comprende, ahora, por qué dudé un segundo en recurrir a lo que nunca hubiera tocado para mí?

Lawrence Symons había escuchado con toda atención. Sin embargo, al terminar ella de hablar, en vez de responder a su pregunta preguntó él a su vez:

—¿Cuántas personas saben que, de hecho, es usted la mayor accionista de la “Gold Woodcok Company”?

Aunque extrañada por la pregunta. Ira contestó:

—Eso lo sabe todo Coolgardie. No olvide que mi padre era muy conocido en la región.

—Entonces, también deben de saber que usted se negó a aceptar la

herencia, ¿no es eso?

—Desde luego. Fue la comidilla de la población durante mucho tiempo. Nadie se lo quería creer. Hasta que se convencieron de que era mi hermano quien me mantenía... Y ahora déjeme preguntar a mí. ¿Por qué dijo antes que era la “Gold Woodcok Company” quien contrató a los dos asesinos?

Lawrence Symons contempló ahora con redoblado interés el rostro femenino, medio borroso en la penumbra.

—Se lo explicaré en otro momento — respondió evasivo —. Ahora es demasiado tarde y nos conviene descansar. Mañana nos espera una larga caminata y hay que recopilar fuerzas... ¡Ea! Acuéstese y duerma un par de horas más. Saldremos de aquí en cuanto amanezca.

Ira Taylor consiguió quedarse dormida enseguida. No así el explorador que, durante un buen rato, no pudo hacer otra cosa que meditar en lo que acababa de oír.

A pesar de las protestas de la muchacha, ahora más que nunca estaba bien claro que era la “Gold Woodcok Company” quien intentaba hacer fracasar la expedición. A nadie más que a ella podía interesar que la empresa no tuviera éxito. Ahora por dos motivos: para que la partida de oro que había de entregar en puerto de Condon no estuviera completa y para hacer desaparecer, sin ningún compromiso, el obstáculo que se interponía entre la poderosa compañía y un buen puñado de valiosísimas acciones.

La lástima era que no podían probarlo. De los dos asesinos contratados para hacer la faena, uno había conseguido huir y el otro se había ajusticiado él mismo.

La única solución era conseguir regresar a Coolgardie después de cumplir su misión. Y una vez allí...

Los pensamientos del explorador se interrumpieron al quedarse dormido. Su cuerpo no era de hierro y, al final, fue rendido por el sueño.

Aunque por muy poco tiempo. Un clamor de voces asustadas le hizo pegar un brinco cuando mejor se encontraba. Y lo mismo que a él ocurrió a Ira Taylor que, mostrando en sus ojos una mirada de temor, se había levantado también y corría a su encuentro.

—No se mueva de aquí, señorita — ordenó él, un segundo antes de que echara a correr hacia donde sonaban los gritos.

A la primera ojeada adivinó lo que ocurría. Se trataba de un verdadero desastre. De los diecinueve camellos que dejara cuando se retiró con la muchacha, tan sólo quedaban ahora una docena. Los otros siete habían conseguido burlar la vigilancia de sus cuidadores y emprender la huida.

—¡Charley! ¡Charley! —llamó con voz potente. Y cuando el jefe de los camelleros se presentó ante él, le increpó—: ¡Debería matarte, Charley! Sólo tú tienes la culpa de esto. ¿No te advertí que debíais vigilar bien a los

animales?

—Y así lo hemos hecho, sahib — respondió le camellero, completamente atemorizado —. Hacía rato que todos estaban tranquilos hasta que, hace un momento, cuando menos los esperábamos, uno de los machos guías pegó un brinco y salió de estampía. Naturalmente, corrimos a detenerle. Pero entonces vino lo peor. Los otros seis de su grupo empezaron a cocear y salieron detrás de él. No hubo manera de impedirlo.

Mientras escuchaba las explicaciones de su hombre de confianza, Lawrence Symons iban dando instrucciones a los demás camelleros. Todos los animales estaban revolucionados y los servidores se veían con grandes apuros para contenerlos.

Finalmente se consiguió apaciguarlos, aunque el mal estaba ya hecho.

La pérdida de ocho camellos, contando el que se había llevado el traidor que huyó, mermaba las posibilidades de éxito en aquel viaje. No tendrían más remedio que prescindir de otros tantos bultos de provisiones. Aumentar la carga de los animales que quedaban no era posible. Y mucho menos tratar de transportarlos a hombros.

—¡Bueno, muchachos! — gritó el explorador, dirigiéndose a todos—. No perdamos tiempo en lamentaciones. Todos sabéis lo que significa este percance. Así, pues, disminuirémos las raciones de alimento y agua. No quiero echar la culpa a nadie, pero las consecuencias las sufriremos todos. Ahora enterrad lo más hondo que podáis el cadáver de aquel tipo, así como la carga sobrante. Saldremos dentro de un cuarto de hora.

Y así se hizo, continuando hacia el Oeste. Atravesaron varias landas, en una de las cuales descubrieron una pequeña baya amarilla comestible, de la que se alimentaron ellos durante todo aquel día.

Por la noche, la temperatura descendió bruscamente. Tanto que por la mañana, en los cubos de lona que utilizaban los camellos para beber, encontraron una capa de hielo de una pulgada de espesor.

En cuanto amaneció se pusieron de nuevo en marcha. Ira Taylor sacó la conclusión de que el explorador buscaba algo. Y no se equivocó. Hacia el mediodía, llegaron junto a un pozo y de nuevo pudieron aprovisionarse de agua. Aunque en esta ocasión les costó más trabajo.

Hubo que ahondar en él para extraer las ratas muertas que contenía. Como es sabido, estos roedores abundan mucho en Australia. Anidan en las grietas y, en general, son más pequeños que los europeos.

El resto de la tarde y todo el día siguiente avanzaron con más celeridad. Por primera vez vieron bandadas de palomas. Pudieron matar unas pocas; tenían una carne exquisita.

Y, por fin, llegaron a una región que, aunque privada de agua como el Sahara, tema en cambio, la ventaja de presentar aquí y allá grupos de arbustos, flores y árboles. Se trataba de acacias y diversas especies de eucaliptos.

Junto a uno de estos árboles hicieron alto para descansar. Todos se encontraban agotados, a excepción del explorador, que disimulaba muy bien su fatiga.

Ira Taylor parpadeó asombrada al ver cómo, en vez de tumbarse como los demás, procedía a cortar ramas del eucalipto para dibujar en su corteza, a punta de cuchillo, una serie de garabatos, figuras y signos que a juicio de ella no tenían ningún significado.

—¡Me asombra usted, señor Symons! — no puedo menos de exclamar, acercándose a él—. En vez de perder así el tiempo, ¿no sería mucho mejor que lo aprovechara descansando?

—Es lo que estoy haciendo — replicó él, haciéndola parpadear—. Descanso y a la vez aprovecho el tiempo. Dentro de un par de días se convencerá usted de ello.

—¿Qué ocurrirá dentro de dos días? —preguntó ella, curiosa.

—Muy sencillo. Que encontraremos los primeros nativos. Nos dirigimos a la zona donde suelen habitar y de ellos depende que encontremos al hermano de usted. Sin su ayuda estaríamos toda la vida dando vueltas por este desierto, sin conseguir nada práctico... y ahora, basta de conversación. Intente dormir algo más y me lo agradecerá.

De nuevo en marcha, durante los dos días señalados por el explorador tuvieron que cambiar el horario de viaje. Debido al aumento del calor, 42 grados a la sombra, según marcaba el termómetro, ahora tenían que caminar de noche. De día, ni siquiera los escasos árboles que encontraban podían utilizar para resguardarse del calor. Tanto los eucaliptos como las acacias, volvían sus hojas y pedúnculos al sol, colocándolos de canto, de forma que no producían sombra⁽⁷⁾.

Sin embargo, en el tiempo que calculó el explorador, alcanzaron su objetivo. Al amanecer del tercer día llegaron a la vista de un campamento de nativos. Y al decir campamento ha de entenderse por lugar de reunión, ya que no existía el menor vestigio de tiendas, chozas, ni nada por el estilo. Y por lo que se refería a sus componentes, Ira Taylor tuvo que esforzarse para disimular el gesto de repugnancia que, instintivamente, iba a plasmarse en su rostro.

El explorador la había advertido poco antes:

—Procure disimular la desagradable impresión que recibirá. Tienen un gran conocimiento del ridículo y cualquier gesto lo entienden a la perfección.

La turba de negroides se componía de una docena de individuos y otras tantas mujeres, a más de varios perros semisalvajes, conocidos en Australia con el nombre de dingos.

Todos los salvajes eran de regular estatura, pero fuertes. El cabello abundante y ondulado. Nariz achatada, barbilla poco desarrollada y color achocolatado oscuro. Todos iban completamente desnudos, permitiendo

ver sus hombros y espaldas cubiertas de pelo.

En cuanto a sus armas, consistían en lanzas de madera y *waddies*, especie de palos cortos de los cuales, según había oído decir la joven, se servían para matar los *wallabies*, unos canguros pequeños que eran su principal alimento.

Al notar la presencia de los expedicionarios, su primera reacción fue la de emprender la huida. Pero el explorador les salió al paso y ante el asombro de la muchacha, entregó al que parecía de más edad uno de los palos con dibujos que le viera hacer días atrás.

Inmediatamente el viejo empezó a estudiarlo. Transcurrieron unos segundos y de pronto...

Ira Taylor estuvo a punto de lanzar un grito de espanto. Acababa de ver cómo el viejo del bastón se precipitaba con él en alto hacia el explorador.

La muchacha esperó que Lawrence Symons hiciera algo por repeler lo que parecía un ataque. Pero el explorador no se movió. Esperó a pie firme lo que ella tomaba por una agresión y cuando ya estaban los dos hombres casi juntos...

Ira Taylor parpadeó en el colmo del asombro. El viejo negroide y el explorador alargaban a la vez su respectiva mano izquierda y con ella procedían a acariciarse la barba el uno al otro.

Aquello le demostró entonces que se estaban saludando.

Un segundo después Lawrence Symons se volvió hacia sus hombres y ordenó:

—¡Charley! Descarga una caja de galletas y repártela entre nuestros amigos.

La distribución de aquel regalo duró escasos minutos. Los mismos que los negros emplearon en devorar lo que para ellos suponía un succulento manjar. Después...

Ira Taylor observó cómo el explorador emitía una serie de sonidos guturales en voz alta y a continuación procedía a repartir los bastones repletos de dibujos que había traído con él.

Lawrence Symons regresó entonces junto a ella.

—Ahora sólo tenemos que esperar —respondió a la muda interrogación de Ira—. Si alguno de ellos sabe lo que a nosotros nos interesa, pronto nos lo dirá.

—Entonces —dedujo ella, con los ojos relucientes de admiración—, esos dibujos que hizo usted en los palos...

—Representan todo un discurso, señorita —la interrumpió él, disfrutando interiormente del asombro que su declaración producía en la muchacha—. Lo que usted tomó como una forma de perder el tiempo significa ahora el ahorro de medio día de conversaciones. Con estos “bastones mensajeros⁽⁸⁾” nos entenderemos mucho mejor que hablando.

Y así fué. Aún no había transcurrido un cuarto de hora desde que los

nativos tenían aquellos bastones en su poder, cuando el que había saludado al explorador se adelantó a la cabeza de otros cuatro hacia donde se encontraban Symons y su compañera. Esta enrojeció hasta la raíz de los cabellos al verse obligada a contemplar tan descarada desnudez. Por lo demás, consiguió que su rostro no reflejara ninguna sensación.

Los negros se detuvieron a unos pasos y entonces, todos a la vez, extendieron los brazos hacia el norte, al mismo tiempo que con los labios modularon algo así como el zumbido de un abejorro. Finalmente, después de dibujar en el aire un círculo imaginario, en la misma dirección norte, pero señalando al cielo, abatieron los brazos para señalar al suelo.

Ira Taylor no había entendido absolutamente nada. Pero, en cambio, notó que los ojos del explorador brillaban ahora con extraña luz.

—¡Charley! —le oyó gritar de pronto, volviéndose hacia atrás—. Alcázame enseguida cinco puñados de galletas. Procura que todos sean iguales. ¡Rápido!

Cuando los cinco salvajes vieron en sus manos aquel nuevo obsequio que el explorador acababa de entregarles, empezaron a dar saltos de alegría. Devorando ansiosamente aquel manjar, regresaron corriendo junto a los suyos.

Aquello debía ser lo que Lawrence Symons estaba esperando. Porque de pronto...

—¡Deprisa, Charley! —gritó, dirigiéndose al jefe de los camelleros—. Alejémonos de aquí cuanto antes—. Agarró a la joven por un brazo y, tirando de ella hacia donde estaban los animales, anunció—: Alégrese, señorita. Si no nos han engañado, mañana estaremos junto a los restos del avión que buscamos. Ahora suba a mí camello y procure taparse lo mejor que pueda. No le importe sudar. De lo contrario, se expone a que le hagan un doloroso “maquillaje”.

Como de costumbre, el explorador acertó una vez más. Apenas recorrieron un par de millas empezaron a encontrar hormigas. La arena estaba plagada de ellas. Hasta tal punto que bastaba rozarlas con los pies para que aparecieran a miles.

Y aquello no fue lo peor. Al cabo de una hora más de camino, a las hormigas se les unieron las moscas y las abejas.

Las abejas no picaban, aunque olían muy mal y revoloteaban de continuo, alrededor de sus narices. Pero las moscas...

Un camello que se había producido un rasguño con el spinifex tuvo que ser sacrificado para aminorar su agonía. Al olor de la sangre acudieron las moscas en número prodigioso, convirtiéndole en poco tiempo en una horrible herida infecta y mortal.

Los demás camellos, así como los expedicionarios, sufrían también las consecuencias de aquel ataque.

La gran masa de moscas se precipitaba sobre orejas, nariz y ojos, sin

que pudiera hacerse nada por evitarlo. De no haber sido por el animal muerto dejado atrás, que atrajo hacia él el mayor número de los peligrosos dípteros, Ira Taylor no habría podido resistir las tres horas que duró aquel martirio.

Por fin atravesaron varias colinas de arena que señalaban el límite de la región dominada por tan enojosos insectos. Pero ante sus ojos apareció otro paisaje, que si bien parecía estar libre de los repugnantes bichos, no resultaba más grato. Era una región tan desolada y triste, que Ira no se equivocó al calificarla como la peor del desierto.

Aunque sólo estaban a mitad de la tarde, el desfallecimiento de la joven era tan grande, que Lawrence Symons no se atrevió a continuar.

—Acamparemos aquí hasta mañana — decidió, mientras la ayudaba a bajar del camello. Y añadió, para animarla: —La próxima etapa será para encontrar el avión que buscamos.

Ella no tuvo fuerzas ni para contestar. Además del acoso que había sufrido de las moscas y abejas, el viaje aquél sobre el camello era ya motivo suficiente para explicar su agotamiento⁽⁹⁾. En cambio, le dio ocasión para demostrar al explorador que cumplía su promesa de no quejarse por nada, cosa que él ya había notado.

Completamente desmadejada sobre las mantas que Lawrence Symons le colocara, Ira notó entonces que su cutis se había vuelto áspero, poblado de infinidad de granitos. Y aquello la horrorizó.

Su instintiva coquetería femenina sufrió un duro golpe. Despeinada, maltrecha y dolorida, casi se arrepintió de no haber hecho caso a Symons. Aunque no tardó en rebelarse por aquel pensamiento.

Estaba pagando un alto precio por su empeño en formar parte de la expedición, pero aquel sacrificio representaba también una satisfacción. Era lo menos que podía hacer por su hermano.

En aquel momento oyó ruido de pasos en la arena. Abrió los ojos y descubrió al explorador que se acercaba a ella llevando en sus manos un vaso de aluminio y una cantimplora.

—Tome —oyó que la decía—. Eche un trago para calmar la sed... Bien. Ahora tumbese de nuevo y déjeme hacer a mí. Dentro de poco se encontrará mucho mejor.

Ella no respondió. Se limitó a observar cómo él vertía un poco de agua en el vaso que sujetaba con la otra mano y después agitaba su contenido.

—Sólo es bicarbonato y un poco de agua —explicó—. Voy a untarle la cara con esta mezcla y ya verá cómo le desaparece el ardor que siente en el rostro.

Efectivamente. Pronto empezó a disminuir el fuego de su cutis, percibiendo una agradable sensación de bienestar.

—Gracias, señor Symons —pronunció por primera vez desde que habían hecho alto—. Es usted muy amable. De haber sabido que iba a

darle tanto trabajo...

—¿Trabajo? —la interrumpió él, mientras procedía a aplicarle una segunda capa de la mezcla en el rostro—. ¡Pero si usted ha sido la que menos me ha dado! —exclamó impulsivamente—. Confieso que no lo creía así, pero es la verdad.

Había terminado la operación de embadurnarle la cara y se incorporó.

—Bien —siguió diciendo, disponiéndose a alejarse—. Ahora quédese quietecita y procure dormir. Tiene de tiempo hasta mañana para recuperar sus fuerzas. Recuerde que la próxima etapa es el final de nuestro primer objetivo. Si su hermano vive aún...

—Señor Symons —le cortó ella, de pronto—. ¿Está seguro de que le encontraremos? Me da miedo pensar que no sea así. He visto la región que tenemos delante y me ha parecido horrible.

—En efecto —respondió él—. Las veinte primeras millas son espantosas por su dramática soledad. Pero después cambia el paisaje. Los *domws* de arena desaparecen y empiezan los salitrosos. Allí es donde debió caer el avión.

Aquellas palabras parecieron tranquilizarla. Lawrence advirtió que cerraba los ojos y casi inmediatamente se quedaba dormida. Entonces se alejó de puntillas.

Reunido poco después con sus hombres, el explorador les habló así:

—Oídmе todos con atención. En cuanto amanezca vamos a intentar cubrir nuestro primer objetivo. Pero antes quiero recordaros algo importante. Disponiendo tan solamente de once camellos, uno más de la mitad de los que trajimos, nuestra situación se va haciendo crítica. Tanto el agua como los víveres empiezan a escasear. Y si a esto añadimos que es muy posible que las bocas aumenten, no hace falta decir que pronto pasaremos hambre y sed. Os lo advierto para que vayáis preparándoos. Todos conocéis de sobra los peligros de este desierto, aunque también sabéis que siempre le hemos vencido. No importa que ahora nos acompañe una mujer. Está demostrando ser tan valiente como cualquiera de nosotros y eso ya es algo.

Se encaró ahora directamente con el jefe de los camelleros y prosiguió:

—Charley sobre todo procura que las palomas que van en mi camello se mantengan en perfectas condiciones. Pueden ser nuestra salvación en caso de apuro... No, no me refiero a ellas como alimento, sino a algo mejor.

De nuevo se volvió hacia los demás y terminó:

—Quedaos tres de vigilancia con los animales y el resto que procure descansar. Podéis relevaros cada dos horas.

Al amanecer del día siguiente emprendieron la marcha. Ira Taylor había recuperado la mayor parte de sus fuerzas. Sentía, sí, que sus huesos seguían doloridos a causa del traqueteo con que los había castigado el día

anterior en su viaje en camello. Pero así y todo comprendía que se hubiera encontrado peor de haberlo hecho a pie.

Durante toda la mañana estuvieron caminando por una llanura que parecía no tener fin. Tan desolada y tétrica que ni siquiera el spinifex crecía en ella.

Daba la impresión de ser una sábana inmensa, pelada, lisa y sin el menor vestigio de vida.

Por fortuna el calor iba disminuyendo. Pero las seis horas que duró aquella caminata se hicieron interminables.

Fue poco después del mediodía, al alcanzar un declive, que daba la impresión de que la tierra se hundía, cuando la muchacha comprendió que habían llegado al final de los *downs* de arena, señalados por el explorador.

Frente a ellos, separado por una franja arrugada de tierra, aparecía ahora otra inmensa llanura, aunque muy distinta de la que acababan de cruzar.

El suelo era salitroso. Y nada más entrar en él notaron la presencia de plantas halófitas. Formaban una asociación vegetal con otra llamada *saltbush* y juntas adquirían una coloración verde azulada, debido a las minúsculas partículas de sal, impregnadas en sus hojas como menudas gotas de rocío.

El paisaje, aunque seguía siendo triste, no deprimía tanto a la vista como el anterior.

En aquel momento, Lawrence Symons se acercó a ella para decir:

—Bien, señorita. Ahora abra bien los ojos a ver si descubre lo que buscamos. Poco más o menos, según aquellos nativos, estará en aquella dirección.

Y extendiendo el brazo, señaló al extremo noroeste de la llanura, donde se divisaba una hilera de colinas pedregosas.

Avanzando ahora con mayor celeridad, los expedicionarios ni siquiera parecían darse cuenta de que ahora pisaban otra clase de suelo.

Pendientes de avizorar el terreno, tratando de descubrir alguna señal de lo que buscaban, el tiempo fue transcurriendo velozmente. A media tarde habían recorrido una veintena de millas, aunque sin descubrir nada. Pero de pronto...

—¡Allí está! —gritó Lawrence Symons, señalando con un brazo hacia un punto relativamente cercano—. ¡Diablos! Ahora se explica por qué los aviones de reconocimiento no pudieron dar con él. Al caer debió incendiarse y el *bush* lo cubrió rápidamente⁽¹⁰⁾.

A toda la velocidad que daban de sí sus piernas echaron a correr hacia donde el explorador había señalado. Ira Taylor se desgañitaba llamando a voces a su hermano. Desde luego no se notaba ningún movimiento, pero la esperanza era más fuerte que ella.

Y por fin, diez minutos después, llegaban a las inmediaciones de lo que

no había duda eran los restos de un gran avión. Totalmente cubierto por el *bush* se veía un montón de hierros retorcidos dentro de un hoyo que debió hacer el aparato al estrellarse contra el suelo. En cambio...

Por más que buscaron les fue imposible encontrar ni una sola barra de oro y mucho menos restos de personas. Resultaba difícil creerlo, pero era así.

¡De los diez millones de libras esterlinas en oro que debía transportar el avión, así como de sus ocupantes, no había el menor rastro!

CAPÍTULO IV

Lawrence Symons se volvió hacia Ira Taylor.

—Aquí debe haber un error —dijo—. Este avión no puede ser el mismo que transportaba el oro. Aun en el caso de que sus tripulantes se hubieran salvado, desde luego habría sido imposible llevarse el cargamento con ellos. Pero estos restos pertenecen a un gran trimotor y... ¡Por las tripas de un forestes^{11}! —exclamó de pronto, mientras echaba a correr hacia un grupo de halófitas. Una vez allí cogió algo del suelo y, agitándolo en el aire, gritó: —¡Mire esto, señorita! ¡Que me ahorquen si no es una jaula parecida a la que traemos nosotros!

La muchacha se había acercado ya. Echó un vistazo a lo que el explorador le enseñaba y en el acto...

—¡Esa jaula, es la que se llevó mi hermano, señor Symons! —exclamó excitadísima—. ¡No hay duda de que éste es su avión!

Era precisamente lo que Lawrence Symons estaba pensando.

La presencia allí de aquella jaula no podía ser más aclaratoria. Contra todas las apariencias, ya no se podía dudar de que habían encontrado lo que buscaban. Pero, ¿y el cargamento de oro? Diez millones de libras esterlinas en barras de precioso metal pesaban demasiado para que unos pocos hombres se las hubieran llevado a hombros.

Y de pronto fue Ira quien sugirió una explicación que, por lógica, parecía la más acertada.

—Señor Symons, ¿no podría ser que al descubrirlos por fin algún avión de reconocimiento, enviaran otro transporte para llevárselos?

Durante unos segundos el explorador tuvo también la convicción de que aquella era la solución del misterio. Aunque pronto la desechó.

—Lo siento, señorita. Pero no puede haber ocurrido así. En primer lugar, cualquier avión que hubiera aterrizado aquí hubiera dejado huella de ruedas. El *bush* no es tan abundante como para que nosotros no veamos el más pequeño rastro. Además, hay que suponer que, de haber ocurrido así, el señor Ramsey habría dado instrucciones a los pilotos del avión de socorro para que, por ejemplo, dejaran aquí alguna señal o aviso por si nosotros llegábamos. Y por otra parte, si se fija usted bien en esos restos advertirá que no han sido removidos como estarían de haber buscado entre ellos. Y para sacar el oro habrían tenido que hacerlo, ¿no es eso?

Meditó la muchacha en lo que acababa de oír, pero no encontró medio alguno de rebatir las palabras del explorador.

—Tiene usted razón, señor Symons —se vió obligada a admitir—. Mi hipótesis no puede ser la verdadera. No habrá más remedio que buscar otra.

—Haremos algo más práctico que buscar hipótesis, señorita —respondió el cazador, dejando la jaula donde la encontrara y disponiéndose a entrar en acción—. Empezaremos por ir hasta aquellas colinas desde las cuales se domina una gran extensión de terreno. Al otro lado empieza la zona más salvaje del *skrub* de *spinifex* y no es fácil que su hermano y los otros se atrevieran a internarse en ella. En el mes que ha transcurrido después del accidente habrían muerto todos sin remedio. La única probabilidad que tenían de salvarse se la ofrecía aquellas colinas. En ellas hay agua suficiente para no morir de sed. Con ella y algún otro *wallabies* que hayan podido cazar, es muy posible que intentaran resistir hasta la llegada de los socorros que el hermano de usted debe esperar después de enviar su paloma mensajera.

A medida que escuchaba, los ojos de Ira se fueron animando de nuevo.

—¡Ojalá no se equivoque, señor Symons! —deseó con toda la fuerza de su corazón—. Todas las esperanzas son buenas, pero ya empiezo a dudar de que haya alguna para mi hermano. ¿Ha pensado usted que, si efectivamente se hubieran refugiado en esas colinas, por fuerza habrían tenido que ver a los aviones de reconocimiento que salieron en su busca? Y en ese caso, ¿cómo no hicieron ninguna señal para anunciar su presencia?

Interiormente el explorador se vió obligado a reconocer que la muchacha tenía razón. Pero no quiso desanimarla antes de tiempo.

—Quizá no disponían de medios para hacer señales. Recuerde que ni siquiera pudieron enviar una sola palabra escrita —respondió él, aunque a sabiendas de que la explicación era poco convincente—. De lo que no hay duda es que se alejaron de aquí. En fin, vayamos allá.

Una hora más tarde alcanzaban las colinas. Tenían un aspecto raro. Vistas desde cerca daban la impresión de estar llenas de agujeros como un queso gruyere.

—Pueden estar escondidos en alguno de los canales subterráneos que abundan en su interior —pronunció Lawrence Symons, intentando animar a la muchacha, que al notar que nadie respondía a sus voces de llamada se había quedado desanimada del todo. Y añadió, para dar más fuerza a sus palabras: —Incluso podría ocurrir que se encontraran heridos o tan débiles que no pudieran moverse ni gritar. Lo mejor para salir de dudas es echar un vistazo desde cerca... ¿Viene usted, señorita?

La invitación era innecesaria. Ira Taylor y dos de los camelleros que el explorador acababa de llamar caminaban ya junto a él en dirección al agujero más próximo.

En realidad, lo que visto desde la llanura parecían hoyos, no era otra cosa que la consecuencia de uno de los más curiosos fenómenos cársticos: los *blow holes* o *blowings*, agujeros de una a dos yardas de anchura, a través de los cuales entraba la luz al interior de los sumideros, de cien a trescientas yardas de diámetro, que a modo de dolinas forman una tupida

red de canales subterráneos.

Avanzando ahora debajo tierra, Lawrence Symons y los que le acompañaban recorrieron varios de aquellos canales, sin el menor resultado. A los gritos de llamada sólo respondía el eco multiplicado de sus voces.

No obstante siguieron buscando. Transcurrió así cerca de una hora y, de pronto...

Ira Taylor fue la primera que se dio cuenta de que el explorador se detenía bruscamente para quedarse rígido e inmóvil. De su cuerpo lo único que ahora parecía tener vida eran las aletas de su nariz, que olfateaban el ambiente como si fuera un perro de caza.

—¡Deprisa! —ordenó de pronto, mientras, agarrando a la muchacha por un brazo, la empujaba hacia el túnel por el que acababan de entrar—. Salgamos de aquí enseguida. Creo que...

No pudo continuar. Algo cortó el aire produciendo un silbido y el explorador se desplomó de bruces en el suelo. Inmediatamente después...

Procedentes de dos galerías cercanas, una a la izquierda y otra a la derecha, surgieron hasta una docena de salvajes que, sin hacer el menor ruido, se precipitaron sobre la muchacha y los dos camelleros, antes de que pudieran intentar defenderse.

Ira Taylor lanzó un grito de terror al sentirse arrancada del suelo y llevada en volandas a través de aquellos lúgubres corredores.

Detrás de ella, también transportados en brazos, vio cómo los salvajes se llevaban al inconsciente explorador y a los dos camelleros.

Avanzando siempre en silencio, recorrieron varias galerías y por fin llegaron a una especie de rotonda de grandes proporciones en la que se veían más salvajes de aquellos y bastantes mujeres. Especialmente muchachas.

Todos los salvajes, incluyendo las mujeres, eran de color casi negro y muy peludos. Iban completamente desnudos. Los únicos que llevaban algo sobre el cuerpo eran los que acababan de capturarles a ellos. Aunque tampoco podía considerarse como una prenda de vestir. Consistía simplemente en una especie de cinturón hecho de musgo, del cual pendían los utensilios que debían usar con más frecuencia.

Como armas llevaban puntiagudas y arrojadizas lanzas de madera y el típico “bumerang”, que era con lo que habían golpeado al explorador.

Pero lo que más llamaba la atención de Ira Taylor era el extraño silencio que todos observaban. Nadie hacía el menor ruido, no ya con los labios, sino ni tan siquiera al moverse.

Con ellos siempre en brazos, sus captores atravesaron la gran rotonda en dirección a una profunda cavidad que se veía en la pared opuesta. Una vez allí los dejaron en el suelo y con el silencio de siempre se retiraron para dejarlos solos.

A unas diez yardas de distancia otros salvajes formaron una especie de cordón vigilante. En sus manos empuñaban éstos una clase de arma que la muchacha no había visto nunca. Con ella apuntaban hacia la abertura, en muda advertencia de que no intentaran escapar.

En aquel momento Ira notó que el explorador empezaba a dar señales de vida. Ella estaba a su lado y con el pañuelo le limpiaba el hilillo de sangre que brotaba de su frente. El golpe del “bumerang” sólo le había producido una pequeña incisión, aunque había bastado para hacerle perder el conocimiento.

Y por fin abrió los ojos. Como extrañado miró una y otra vez a su alrededor hasta que, de súbito, al fijar la vista en el cordón de salvajes que los estaban vigilando, de un salto se incorporó para quedar sentado. Luego...

—¡Diablos! —le oyeron exclamar, para añadir enseguida: —¡Será posible lo que veo! ¡Que me maten si esos tipos no son borboris!

—¿Qué son borboris, señor Symons? —preguntó la muchacha, adivinando por la excitación del explorador que no debía tratarse de nada bueno.

Lawrence Symons no respondió enseguida. En cambio hizo algo tan extraño que la muchacha creyó que se había vuelto loco.

Había ya notado que los salvajes no les habían despojado de sus armas. Ella y el explorador eran los únicos que las llevaban. Pero...

Lawrence Symons acababa de desenfundar su cuchillo, y antes de que Ira pudiera adivinar sus intenciones, movióse con increíble velocidad. Su mano armada asetó el aire y la afilada punta de acero se abatió sobre ella, produciéndole un corte en la muñeca de la que empezó a manar sangre que pronto manchó la manga de su camisa. Al mismo tiempo...

—No se asuste, señorita —oyó que le decía—. No me he vuelto loco. Simplemente acabo de prolongar su vida por algunos días. Extraño, ¿eh? Pues escuche...

Y ante el creciente asombro de ella, explicó:

—Los borboris son una raza de salvajes australianos que se daba por extinguida hace ya tiempo. Son comedores de *bush*, pero también de carne humana. Se devoran los unos a los otros cuando ya son viejos, quedan inútiles y, sobre todo, disfrutan con los prisioneros que hacen. Ahora bien: Nadie conoce la razón, pero observan una extraña costumbre: no se comen a nadie que presente en su cuerpo la menor herida sangrante, que no haya sido hecha por ellos mismos. Esperan a que se cure y es entonces cuando procedes a su sacrificio. ¿Comprende, ahora, por qué la pinché con mi cuchillo?

Ira Taylor se había estremecido al oír las primeras palabras. Pero, recobrándose enseguida, preguntó de nuevo:

—Dígame, señor Symons. ¿Sabe también por que no hacen ruido? Se

mueven en silencio y ni siquiera hablan. ¿Acaso son mudos?

—Nada de eso. El silencio que ahora observan es la señal de que se avecina una de sus danzas guerreras, de la cual saldrán los ganadores a nuestras respectivas cabezas. Cuando llegue ese momento, ya verá usted el ruido que arman.

Ira Taylor no podía explicarse cómo era posible que el explorador, después de lo que acababa de decir, se mantuviera tan tranquilo.

—No parece usted muy preocupado, señor Symons —no pudo menos que decir ella—. ¿Significa eso que espera salir con bien de aquí?

—No. Afirmarlo sería demasiado temerario. Además, no estoy tranquilo, sino todo lo contrario. Por lo que veo...

De pronto se interrumpió. Procedente del fondo de la oquedad a cuya entrada se encontraban ellos, una voz quejumbrosa y débil acababa de pronunciar, en perfecto inglés:

—¡Socorro! Sáquennos de aquí, por favor...

La inesperada llamada los electrizó. Mirándose asombrados del uno al otro, fue el explorador el primero en reaccionar.

—¡Gregory! ¡Hugues! —se dirigió a los dos camelleros, acurrucados un poco más lejos y tan desconcertados como ellos—. Cuidad de la señorita mientras yo echo un vistazo ahí dentro. Llamadme enseguida, si veis que los salvajes se acercan.

Rápidamente dio media vuelta y, arrastrándose, se introdujo en la negra abertura que tenía a su espalda.

Transcurrieron varios minutos, durante los cuales el corazón de la muchacha empezó a saltar en su pecho, como un caballo desbocado. No hubiera podido decir a qué se debía, pero notaba una sensación en su cuerpo que le producía un cosquilleo extraño. Una mezcla de temor y esperanza a la vez que la acongojaba.

Y de pronto...

El ruido de alguien que se movía en la oscuridad del fondo puso todos sus nervios en tensión. Al momento vio aparecer al explorador que, dando pruebas de la potencia de sus músculos, arrastraba a la vez los cuerpos de dos hombres, tan cubiertos de harapos que prácticamente iban desnudos.

Al principio no pudo verles la cara. Pero segundos después...

—¡Dylan! ¡Hermano! —exclamó, levantándose de un salto y precipitándose hacia, uno de los cuerpos que el explorador acababa de sacar del hoyo.

Al oír aquellas palabras, la desfallecida figura de aquél a quien iban dirigidas se estremeció violentamente. A costa de grandes esfuerzos consiguió levantar un poco la cabeza para clavar los ojos en el rostro de su hermana.

—Ira —pronunció, con voz apenas audible, pero repleta de sorpresa—. ¿Qué...?

No pudo acabar la frase. Como un fardo se desplomó de nuevo, quedando completamente inmóvil.

—Ha perdido el conocimiento —habló entonces el explorador, para tranquilizar a la muchacha. Y añadió: —No se asuste. Lo único grave que tiene es debilidad. Lo demás no son más que quemaduras sin importancia, casi completamente curadas.

Pero ella no parecía oírle. Sollozando, abrazaba el cuerpo de su hermano, al mismo tiempo que le llenaba de caricias.

Era aquélla la primera vez que Lawrence Symons notaba en ella muestras de debilidad. Cualquiera otra mujer que hubiera padecido lo que ella en aquel viaje habría buscado algún consuelo en el llanto. Pero Ira Taylor sólo se dejó vencer ante la vista de su hermano inconsciente, desfallecido y al que no podía ayudar.

Fue el explorador quien, como siempre, se hizo cargo de la situación. Destapando la cantimplora que colgaba de su cinturón, y que como todo lo que llevaba encima, no había sido tocado por los salvajes, derramó en la boca del caído un chorro de agua. Repitió luego la operación con el segundo hombre que sacara de la cueva y de nuevo volvióse a Dylan.

Así durante media docena de veces. Hasta que, poco a poco, como si la vida retornara a aquellos cuerpos, poco antes insensibles del todo, los dos a la vez empezaron a respirar con normalidad.

—Señorita —habló de pronto el explorador—. Saque, un trozo de cecina de mí macuto y vaya dándoselo a su hermano, en hilachas. Hágalo sin prisas, muy despacio, sin hacer caso del ansia que lea en sus ojos. Eso es muy importante. De este otro me cuido yo.

Durante cerca de un cuarto de hora nadie volvió a pronunciar palabra. Ocupados en la delicada operación de introducir pequeñas dosis de cecina en las bocas de los dos hambrientos, ninguno de ellos se dio cuenta de que los salvajes habían cerrado el cordón de vigilancia y se iban acercando.

—¡Sahib! ¡Sahib! —llamó de pronto uno de los camelleros—. Los salvajes se nos echaron encima. Creo que...

Su voz se cortó de súbito, convirtiéndose en un estertor. Horrorizada, Ira Taylor descubrió entonces la causa de su silencio. Uno de los negros había disparado, con aquella arma que tanto llamara su atención, una pequeña jabalina que, limpiamente, había ido a atravesar de parte a parte el pecho del camellero.

Instintivamente la muchacha se llevó una mano en busca de su revólver. Pero antes de que consiguiera sacarlo, el explorador tiró de ella hacia atrás. Luego, en un susurro, mientras la colocaba detrás de él, advirtió:

—Olvídese de que tiene un revólver hasta que yo la avise. De momento de nada nos sirven. Antes de usarlos caeríamos acribillados todos. Lo mejor es esperar. A Hughes nada le habría ocurrido de no haber chillado tanto. El

silencio es ahora sagrado para ellos y nadie lo puede romper sin morir en el acto.

Dejó de hablar al advertir que los salvajes estaban ahora a escasa distancia de ellos. Al mismo tiempo presionó en un brazo a cada uno de los dos que sujetaba y que ya habían abierto los ojos, dándoles a entender que se mantuvieran quietos. Luego esperó.

Del semicírculo de peludos negros que tenían delante se adelantaron tres de ellos. Los dos de los extremos y el del centro.

Antes habían dejado sus *vumera*^{12} en el suelo, como si no las necesitaran para lo que tenían que hacer. Después...

Avanzando sigilosamente hacia el grupo de prisioneros, uno a uno empezaron a revisar sus cuerpos como si buscaran algo. Y lo hacían a conciencia.

Sobre todo para la muchacha, la operación fue un verdadero martirio. De no haber estado advertida, o simplemente haber tenido menos fuerza de voluntad, no habría podido resistirlo. Y no porque la hicieran ningún daño material, sino porque...

En fin. El lector comprenderá la índole de la operación, si decimos simplemente que cuando los salvajes se retiraron, tanto ella como sus compañeros de cautiverio mostraban todo su cuerpo al descubierto.

Menos mal que una vez de nuevo solos, el explorador se las arregló para, hábilmente y con exquisito tacto, aprovechar los jirones en que habían sido convertidas sus ropas y convertirlos en algo útil para disimular su completa desnudez.

Ahora así, el escultural cuerpo de la muchacha, con un rudimentario corpiño y una cortísima falda, no podía ser más incitante.

Ira Taylor no se atrevía a levantar los ojos; tanta era la vergüenza que había pasado y estaba pasando, pero se vió obligada a olvidarse de ella, al oír que la decían:

—Vamos, señorita Taylor. Hágase la cuenta de que está en una playa de moda y no se preocupe por lo que, al fin y al cabo, no tiene ahora importancia... Mire a su hermano. Ya se encuentra mejor y parece que quiere hablar. Oigamos lo que dice.

Obediente, acercóse ella al que en aquel momento trataba de sentarse en el suelo, ayudado por Symons. Inmediatamente después le oyó decir, ahora con voz más firme:

—¡Ira! ¡Hermanita! —y luego, tendiendo una mano que ella estrechó entre las suyas, añadió: —Llegó mi paloma, ¿verdad? ¡Estaba seguro de ello! Pero, ¿por qué viniste tú? ¿Habéis aterrizado bien? Debió costaros mucho trabajo descubrir los restos de mí avión. Lo malo será salir de aquí. Ahora ya han hecho la selección y...

—Calma, amigo, calma — le interrumpió el explorador—. De todo eso hablaremos más tarde, si es que nos dejan. De momento límitese a

respondiendo a mis preguntas. Dígame, ¿y el oro? ¿Cómo es que no se encuentra entre los restos del avión?

Dylan Taylor dejó de mirar a su hermana para clavar los ojos en los del explorador.

—¿El oro? ¡Ah, sí, el oro! Pues tuvimos que arrojarlo por la borda para no estrellarnos. Aunque de nada nos sirvió. Al final caímos igualmente.

Pasada la primera sospecha que le produjo aquella declaración, Lawrence Symons volvió a preguntar:

—¿Y dónde lo tiraron? ¿Muy lejos de aquí?

—Unas cien millas más al norte. En pleno dominio del spinifex. De no haber sido por eso hubiéramos podido aterrizar.

—¿Tuvieron alguna avería?

Esta vez, antes de responder, Dylan Taylor se volvió hacia su compañero.

—¿Has oído, Seaman? —se dirigió a él—. Preguntan si tuvimos una avería —y después, encarándose de nuevo con el explorador: —¡Menuda avería! ¡La peor que podíamos tener volando sobre el desierto! Se obturaron los tubos de alimentación, convirtiendo el aparato en un peso muerto. De haber llevado toda la carga no nos habríamos salvado ninguno.

Lawrence Symons arrugó el entrecejo.

—¿Que se obturaron los tubos de alimentación? ¿Y de todos los motores? —indagó extrañado—. ¡Pero si eso es prácticamente imposible!

—Desde luego. Pero es que en nuestro caso alguien había preparado las cosas para que así ocurriera. Incluso calcularon dónde tenía que producirse el desastre.

Lawrence Symons parpadeó sorprendido. Cruzó una mirada con Ira, pero no hizo el menor comentario. En cambio dio un brusco giro a la conversación.

—Dígame —empezó—. ¿Me equivoco o los otros tripulantes que les acompañaban han sido sacrificados por los borboris?

—Usted lo ha dicho —respondió Dylan Taylor, estremeciéndose ante el recuerdo—. Por un verdadero milagro nos salvamos todos del accidente. Estuvimos tres días alimentándonos con las cinco palomas que resultaron muertas de las seis que llevaba conmigo. La última quedó la pobre bastante mal, pero así y todo la solté. Carecía de toda clase de medios de escribir un mensaje y sólo pude enviar el anillo que me había regalado mi hermana. Luego buscamos refugio en estas colinas y fue cuando nos capturaron. Durante todo este tiempo sólo hemos comido pequeñas cantidades de *bush* sin más agua que la poquísima que mana de una grieta que hay en la pared del fondo. En cuanto a nuestros compañeros...

Hizo una pausa para serenarse y prosiguió:

—Después de hacer con nosotros lo mismo que hace un momento han hecho con ustedes, nos dejaron solos. Pero poco después se presentaron de

nuestro para llevarse a todos menos a nosotros dos.

—Naturalmente —explicó el explorador—. Estaban ustedes heridos y no les servían. Es lo que han venido a comprobar antes. Ahora ya saben que de nosotros, Gregory y yo somos los únicos de los que pueden disponer de momento, sin contar a Hughes, que serán el primero en llevarse.

Al oír aquellas palabras, pronunciadas con una serenidad impresionante, el cuerpo de Ira Taylor sufrió un estremecimiento.

—Por favor, señor Symons —casi sollozó—. Habla usted de una forma que da miedo. ¿Es que no vamos a luchar por salvarnos? Si disparamos algunos tiros, puede que nuestros hombres acudan a ayudarnos.

Lawrence Symons negó con un gesto de cabeza.

—Lamento defraudarla, señorita. ¿Olvida, usted que sólo nosotros llevamos armas? Además, por el silencio que los salvajes siguen observando, no me extrañaría que tratan también de capturar a los demás camelleros. No hay otro remedio que esperar a que se celebre el “corroboree⁽¹³⁾”. Quizá entonces encontremos el medio de...

Un secreto instinto le hizo callar y volver la cabeza hacia la rotonda.

Le imitaron los demás y en el acto descubrieron la causa de que el explorador se interrumpiera.

El cordón de vigilantes salvajes se retiraba de allí, dejando únicamente a tres centinelas. Todos los demás se dirigieron al extremo de la enorme plazoleta. En pocos segundos sólo quedaron ellos y las mujeres que ya vieran al entrar.

—¿Adivinan lo que eso significa? —habló de nuevo Lawrence—. Yo se lo diré. Sencillamente que nuestros camelleros se acercan a las colinas y van a capturarlos también. Les apuesto el doble contra sencillo a que pronto tenemos más compañeros de cautiverio.

Y, como de costumbre, el explorador acertó en toda la línea. Media hora después, en la gran rotonda hacían su aparición una treintena de salvajes conduciendo, cada dos de ellos, a un camellero de los que habían venido en la expedición. Debían haber sido cazados a golpes de “bumerang”. Lo demostraba así el hecho de que todos aparecieran desmadejados, sin dar señales de vida.

Uno a uno fueron depositándolos junto a ellos.

Después, acabada aquella operación, los peludos salvajes se retiraron de nuevo, aunque llevándose ahora el cadáver del desgraciado Hughes.

Entonces, incomprensiblemente para los que le oyeron, el explorador exclamó:

—¡Magnífico! Esto es lo que esperaba. Ahora somos bastantes para intentar una lucha... Señorita —se encaró con la muchacha—. Busque en mi macuto y saque lo que haya dentro que sea comestible. Repártanselo entre usted, su hermano y el señor Seaman. Los demás ayunaremos por esta noche... ¡Gregory! —se dirigió ahora al que tenía a su izquierda—. Tú

y yo nos encargaremos de hacer que éstos recobren el conocimiento. Empieza por ahí. Se está haciendo de noche y nadie nos molestará.

En efecto. La luz iba disminuyendo, convirtiéndose en penumbra. Transcurrió así una hora durante la cual el explorador y Gregory no hicieron otra cosa que prestar sus cuidados a los que poco a poco iban recobrándose de los golpes recibidos. Después, Lawrence Symons estuvo un rato hablando con ellos en voz baja. Y finalmente todos se echaron en el suelo, disponiéndose a descansar.

Las últimas palabras del explorador habían sido:

—Dormid tranquilos. Hasta mañana no tenemos nada que temer.

Y así fué. La noche transcurrió sin novedad. Pero en cuanto la luz del nuevo día empezó a alumbrar la enorme rotonda...

Ira Taylor, que, acostada junto a su hermano, hacía tiempo que se había despertado, estremeciósse de pronto al oír un fuerte griterío que, de súbito, rompió el pesado silencio.

Sobresaltada, dirigió la vista hacia el explorador y, contra lo que esperaba, no le vió moverse siquiera. Ni a él ni a los camelleros. Todos seguían inmóviles en sus sitios, como si alguien les hubiera dicho que era aquello lo que tenían que hacer.

Entretanto, el griterío de los salvajes iba en aumento. Y ahora empezaban a moverse también.

Poco a poco el centro de la rotonda empezó a llenarse de hombres y mujeres, que cada vez gritaban más fuerte.

La muchacha contó cuarenta hombres y veinte mujeres, de las cuales media docena de ellas eran horriblemente feas y muy viejas.

Estas últimas en particular eran las que más se movían y gesticulaban.

Enarbolando los bastones de que se servían para arrancar el *bush*, se movían entre los hombres para, con sus gestos, gritos y alguna que otra ‘caricia’ de sus palos, animar a los que flaqueaban en el vertiginoso baile.

Durante cerca de un cuarto de hora estuvieron gritando y saltando, sin descansar. Y finalmente, como obedeciendo a una señal, todos se volvieron hacia donde se encontraban los prisioneros.

Agitando las armas en el aire y gesticulando cada vez más exaltados, los hombres se apartaron de las mujeres. Luego se abrieron en dos grupos y uno de ellos avanzó para detenerse a unas cinco yardas de distancia de los cautivos.

Ira Taylor, al igual que su hermano y el otro piloto, miraban del espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos a las figuras del explorador y los camelleros, que, inexplicablemente, seguían inmóviles y tranquilos en sus sitios.

No se explicaban cómo era posible que pudieran continuar durmiendo, con el escándalo que armaban los salvajes. Porque...

Los dos bandos en que se habían dividido los peludos negros acababan

de iniciar lo que ellos tomaron por un verdadero combate.

No utilizaban los *numera*, que habían dejado junto a las mujeres. En su lugar blandían ahora una especie de maza arrojadiza, que los nativos llamaban *nulla*, lanzas de madera y el imprescindible “bumerang”.

Lanzando desaforados gritos que retumbaban en la grandiosa caverna, se atacaban unos a otros como si quisieran destruirse mutuamente.

Los “bumerang” y los *nullas* silbaban a los oídos de la muchacha, lo cual no era un obstáculo para que, con su instintiva curiosidad de mujer, siguiera atentamente las pasiones que demostraban aquellos salvajes hijos de la naturaleza; los esfuerzos inauditos de los hombres, que parecían desesperados por matar; el interés que demostraban las jóvenes negras, ahora de simples espectadoras, y la locura de las ancianas, cuyas voces estridentes se mezclaban con el ruido de las armas: los golpes de las lanzas, el chocar de las *nullas* y el silbido de los “bumerang” al cruzar el aire.

Lo extraño era que ninguno resultara tocado por aquel mare mágnun de choques y golpes. Aunque la cosa tenía su explicación.

Los salvajes australianos poseen una habilidad extraordinaria para “parar”. Tan extraordinaria que las armas arrojadizas rara vez los hieren. Y si a esto añadimos que aquella “encarnizada lucha” sólo era una ceremonia perfectamente ensayada, no es de extrañar que a pesar de la media hora que duró el simulacro de combate no resultara ni un solo herido. En cambio...

El griterío que armaban era cada vez mayor. Llegó un momento en que parecían verdaderos energúmenos. Habían dejado de luchar entre ellos para, unidos ahora en compacto grupo, irse aproximando a los prisioneros.

Así llegaron casi a su altura y, de pronto, coincidiendo con el gesto que hacía un barbudo y corpulento negro que iba a la cabeza del grupo, súbitamente todos callaron. Durante unos segundos el eco repitió el estruendo que durante bastante tiempo había sido continuo. Pero luego todo quedó envuelto en silencio.

Ira Taylor se acurrucó contra su hermano al observar cómo el barbudo negro que parecía ser el jefe de todos se adelantaba dirigiéndose en línea recta hacia ella. Alargó los peludos brazos con la clara intención de agarrarla, pero de pronto, cuando ya creía sentir en su desnudo cuerpo el contacto de aquellas manazas...

La hasta entonces inmóvil figura del explorador se incorporó de un salto como si fuera un muelle. Extendió un brazo en dirección al corpulento salvaje que casi rozaba ya a la muchacha y...

En el pesado silencio que reinaba en el ambiente retumbó el estruendo de una detonación. El borbori pareció chocar de pronto con algo. Inclinado como estaba dio un traspiés hacia adelante y por último, girando sobre su cuerpo, se desplomó sin vida en el suelo.

Y no fue esto solo.

Simultaneando su primer movimiento, el explorador se había enfrentado a los otros salvajes y, sin titubear, siguió disparando contra el compacto grupo que tenía delante.

Fue entonces cuando Ira Taylor se dio cuenta de que la funda de su revólver estaba vacía. El explorador debió quitárselo durante la noche y ahora lo estaba usando, para así reservar su pistola.

Por su parte los camelleros, menos Gregory, que en aquel momento la ayudaba a ella a incorporarse, y otros dos que hacían lo mismo con su hermano y el piloto Seaman, como si obedecieran instrucciones recibidas de antemano, habían abandonado también la extraña pasividad demostrada hasta entonces para precipitarse contra los desconcertados borboris.

Seis de estos habían caído ya bajo el fuego mortal del revólver del explorador. Habían sido los seis tiros de que constaba el arma de la muchacha. Ahora le quedaban los ocho de su pistola *Smith*.

—¡Rápido! —gritó, de pronto, Lawrence Symons—. Tenemos que salir de aquí antes de que se repongan de su desconcierto... Usted, Ira —por primera vez se dirigía a ella llamándola por su nombre de pila—, colóquese a mí espalda y no me pierda de vista. Los demás ya saben lo que tienen que hacer. ¡Vamos! ¡A correr se ha dicho!

No se podía negar que el explorador lo había organizado todo bien. Ira Taylor dio por fin con la explicación de su extraño comportamiento anterior: Perfecto conocedor de las costumbres de aquellos salvajes, había instruido a sus hombres para iniciar aquel ataque en el preciso momento en que, celebrado el fatigoso “corroboree”, deberían encontrarse casi exhaustos y predispuestos a sufrir los efectos de una fuerte impresión.

Impresión que no había sido otra que la del repentino tronar del revólver, de tan desastrosos y a la vez desconocidos efectos para ellos.

De momento todo iba saliendo a pedir de boca. Completamente paralizados por el terror que les había producido aquella arma tan extraña que había causado ya la muerte a seis de sus compañeros, incluyendo al jefe de la horda, los borboris no hicieron el menor gesto por repeler el ataque de los que poco antes eran sus prisioneros.

La mayoría de los salvajes habían sido privados ya de sus armas arrojadizas, *nullas* y “bumerang”, por los camelleros, que, rápidamente, aprovechando su estupor, sólo habían tenido que arrancárselas de las manos.

Los fugitivos atravesaban ahora corriendo la rotonda, en un intento por alcanzar la galería que conducía al campo libre. Y lo hacían ante la pasiva y silenciosa expectación de las mujeres negras que, aterrorizadas también, se habían agrupado junto a la pared del fondo, próxima a uno de los *blow holes* que hacían de claraboya.

Pero apenas los expedicionarios alcanzaron el canal subterráneo que

formaba la entrada a aquella enorme gruta...

Los borboris, como si despertaran de un letargo, bruscamente se pusieron en movimiento. Gesticulando y profiriendo gritos de furia, se lanzaron corriendo hacia donde se encontraban las mujeres.

Lawrence Symons, que, con Ira Taylor, cerraba la marcha de los fugitivos, adivinó en el acto sus intenciones.

—¡Deprisa! —apremió—. Se disponen a utilizar los *vumera* para cazarnos de nuevo. Nuestra salvación depende de que encontremos mi camello. En él van dos rifles y municiones, única cosa capaz de detener a los borboris en plan de caza. Con esta pistola sólo podré tumbar a ocho y... ¡Rápido! ¡Ya vienen en nuestra persecución!

El eco repetía, multiplicando en gran número el ensordecedor estampido de los disparos que el cazador hacia cada vez que los salvajes intentaban acercarse demasiado.

Lo malo era que sólo le quedaban dos cápsulas útiles en el cargador y la salida no aparecía.

Delante de todos, ayudado cada uno por un camellero, iban los dos pilotos supervivientes del avión siniestrado. No podían avanzar con mayor rapidez, y aquello perjudicaba en gran manera a los que venían detrás.

—¡Charley! —llamó el explorador. Y cuando el aludido acudió, le ordenó: —Adelántate tú y traedme los dos rifles y municiones que dejé en mi camello. ¡Corre! ¡De la prisa que te des depende la vida de todos!

Como una exhalación, el camellero se precipitó túnel adelante, desapareciendo en pocos segundos a la vuelta de un recodo.

Al mismo recodo llegaron poco después los fugitivos que había dejado atrás, descubriendo, con incalculable alegría, la luz del sol que entraba por el extremo opuesto.

Aquella abertura que veían ahora, interceptada en parte por el cuerpo de Charley que salía por ella en aquel momento, representaba el camino de la libertad. Sólo estaba a unas cincuenta yardas de distancia de ellos, aunque al mismo tiempo ofrecía otro inconveniente.

Salían a campo abierto antes de disponer de los dos rifles, los borboris no tardarían en rodearlos y pronto caerían acribillados por las jabalinas disparadas por los *vumera*.

—¡Muchachos! —gritó el explorador, dirigiéndose a los camelleros—. No hay más remedio que luchar con sus propias armas. Emplead esas *nullas* lo mejor que sepáis, a ver si podemos contenerlos hasta que llegue...

Sin acabar la frase extendió el brazo fuera del recodo y por dos veces seguidas apretó el gatillo de su pistola. Al instante, mezclado con el repetido eco de las detonaciones, Ira Taylor oyó dos gritos de agonía que también reprodujo el eco, con escalofriantes resonancias.

—¡Señorita! —oyó que la ordenaba la voz del explorador—. Vaya hacia el fondo y reúnase con su hermano. ¡Vamos, rápido!

La joven no tuvo tiempo más que de echar a correr hacia donde le indicaban. De pronto, como si los salvajes hubieran adivinado que aquellos eran los últimos disparos que podían hacerles, se precipitaron vociferando contra el explorador y los camelleros.

Uno y otros arrojaban contra los negros las armas que antes les habían quitado. Y acabadas éstas, empezaron a usar piedras como proyectiles.

Aunque ninguna daba en el blanco, Lawrence Symons era el único que sabía lo difícil que resultaba alcanzar a un australiano con aquellas armas. Prácticamente era imposible, pero, en cambio, también era la única forma de ganar unos minutos preciosos.

Obligándoles a esquivar, los imposibilitaban a la vez de seguir avanzando. Aunque aquello no podía durar mucho.

Pronto se acabaron los objetos que podían usar como proyectiles y los borboris volvían a la carga. Las jabalinas lanzadas por los *vulnera* empezaron a hacer estragos entre los camelleros. Más de la mitad habían rodado ya por el suelo. Y los que quedaban no tardarían en acompañarles.

En aquel momento una de las jabalinas fue a clavarse en el hombro izquierdo del explorador. Pero a pesar del agudo dolor que sintió, continuó de pie, para no desmoralizar a los pocos hombres que le quedaban.

Aunque de poco le sirvió. Súbitamente, apoderándose de ellos el terror, volvieron la espalda y salieron corriendo, dejándole solo.

Lawrence Symons vió entonces cómo media docena de borboris' apuntaban hacia él sus *vumera*...

CAPÍTULO V

Al explorador ya no le cupo duda de que había llegado su hora. Y fue en aquel momento supremo cuando, como si de súbito la luz se hiciera en su cerebro, cayó en la cuenta de lo que Ira Taylor significaba para él.

No temía a la muerte, nunca la había temido. Lo que le dolía era pensar que con él moriría ella también, sin haber podido siquiera expresarle sus sentimientos.

Observó cómo los salvajes se disponían a soltar los venablos que le llevarían la muerte, y entonces, queriendo morir con los ojos fijos en la figura de ella, se volvió hacia donde sabía se encontraba.

El silbido de las jabalinas llegó a sus oídos justamente cuando él se dejaba caer al suelo con la mirada fija en el extremo opuesto de la galería. Y en aquel momento...

Dos rifles dejaron oír su cantinela de muerte. El túnel se llenó del rápido tableteo de los disparos, mientras los borboris, cogidos de improviso por aquel contraataque que no esperaban, empezaban a caer como segados por una guadaña.

En pocos segundos la situación cambió por completo. Aterrorizados, los salvajes que no habían sido alcanzados por los disparos dieron media vuelta y emprendieron loca carrera hacia el interior de las galerías.

Dylan Taylor y Eric Seaman, que eran los que acababan de intervenir tan oportunamente, procedían a recargar sus armas cuando...

Caído en el suelo, el explorador recibió de pronto la sensación de que se encontraba en el paraíso. Unos mórbidos brazos desnudos acababan de rodearle el cuello, mientras una voz dulce y repleta de ansiedad pronunciaba a su oído:

—¡Señor Symons! ¡Lawrence! ¡Háblame, por favor! ¡Necesito oírte!

Aquellas palabras hicieron que el explorador se olvidara de todo lo que le rodeaba. Pronunció con incontenible ansiedad:

—¡Repíte eso, muñeca! Quiero convencerme de que no estoy soñando.

—¡Señor Symons! —exclamó entonces ella, intentando apartarse de él.

—¿Qué es eso de señor Symons? ¿No me has llamado Lawrence? Pues sigue nombrándome así. ¡Si vieras lo bien que suena a mis oídos!

Atrayéndola hacia él, sin resistencia ya por parte de ella, siguió diciendo:

—Por primera vez en mi vida tuve miedo a la muerte. Me horrorizaba morir sin haberte dicho antes que te habías adueñado de mí corazón.

—¡Lawrence! —exclamó la muchacha—. Tenemos que salir de aquí enseguida. Estás herido y...

—Olvida eso ahora, muñeca —la interrumpió el explorador,

estrechándola contra su pecho cada vez con más fuerza—. En este momento sólo me interesa oír una palabra de tus labios. Dime que me quieres y entonces me pondré completamente bueno.

—Sí, te quiero —respondió Ira, apasionadamente—. No sé desde cuándo, pero te quiero —y agregó apresurada: — ¡Por favor! Salgamos de aquí antes de que vuelvan esos salvajes. Somos muy pocos y...

—No te preocupes, mi vida. Disponiendo ahora de los riñes no se atreverán a acercarse. Aunque también tienes razón —se apoyó en ella para levantarse y añadió, ya de pie: —Vamos. Aquí ya no hacemos nada.

De un brusco tirón se arrancó la jabalina que llevaba clavada en el hombro y con varios trozos de ropa que arrancó del “salab” de uno de los camelleros muertos, se taponó la herida. Luego, encarándose a los dos pilotos que vigilaban el recodo rifle en mano, ordenó:

—Andando, muchachos. Ahora ya nos podemos marchar.

Afuera, reprendiendo a los camelleros que habían huido dejando solo a su jefe, encontraron a Charley, que había cortado la huida de sus hombres, después de entregar los rifles a los pilotos.

Al ver aparecer al explorador todos esperaron que recriminara su proceder con él, pero se llevaron una decepción. Lawrence Symons no hizo la menor referencia a lo que había ocurrido. Se limitó a ordenar:

—¡Rápido! A los camellos y en marcha.

Por una extraña casualidad, los que se habían salvado de los borboris, incluyendo a los pilotos, sumaban once. Es decir, igual número que los camellos de que disponían. Gracias a la prudencia de Charley, que les había atado las patas para impedirles huir, continuaban en el mismo sitio donde los habían dejado.

En pocos segundos, mientras el jefe de los camellos curaba el explorador, Ira Taylor se vestía con otras ropas que llevaba en su equipaje. Y un cuarto de hora después los expedicionarios abandonaban aquellos lugares.

Antes habían soltado las palomas mensajeras, aunque nadie supo qué era lo que Symons había escrito en los mensajes que envió en ellas.

Rodeando las colinas por el extremo Oeste, pues el explorador no se movía nunca en otra dirección, pronto estuvieron al comienzo del desierto de spinifex. Delante de ellos aparecía ahora una región completamente inhóspita y salvaje, de la que los espinos eran sus dueños absolutos.

—¿A dónde vamos por aquí, Lawrence? —preguntó Ira Taylor, al cabo de dos horas de caminar entre aquellas peligrosas matas vegetales.

Antes de responder, el explorador le envió un beso con la punta de los dedos, haciéndola sonreír. Luego...

—Vamos en busca de un poblado de nativos que suele acampar más hacia el norte, muñeca —respondió el explorador—. Necesitamos su ayuda para encontrar el oro.

—¿El oro? —se extrañó ella—. Pero ¿es que has olvidado lo que dijo mi hermano? Lo arrojaron sobre el spinifex a unas cien millas de aquellas colinas. ¿Te das cuenta de lo imposible que resultará recuperarlo?

—Lo sé, muñeca. Pero no se trata de recuperarlo, sino de encontrar aunque sólo sea una barra. La necesito para saber si voy bien encaminado en mis sospechas. Y ahora otra cosa, mi vida. Una vez más tendrás que armarte de valor. Vas a presenciar algo que te revolverá el estómago, pero confío en que sabrás comportarte como hasta ahora. Me refiero a los nativos. Los que buscamos son los seres humanos más atrasados del globo.

Aquel día avanzaron muy lentamente. A menudo tenían que buscar un paso por donde poder cruzar entre el spinifex. Por otra parte, el explorador ordenaba hacer alto muy a menudo para proceder a entregar pequeñas cantidades de alimento a los dos pilotos. Sabía lo peligroso que hubiera resultado atiborrarlos de golpe y de ahí que lo hiciera a menudo, pero en pequeñas dosis. Era la mejor manera de que sus organismos fueran acostumbrándose de nuevo a una normal digestión.

Y transcurrieron tres días más. Durante el último, entre el calor sofocante y la escasez de agua que padecían, resultó pesadísimo avanzar. Menos mal que hacia el atardecer, el explorador descubrió un pequeño pozo de agua cenagosa y no muy abundante. Hubo necesidad de emplear el *condensers*^{14}, con la correspondiente pérdida de tiempo.

Pero lo importante fue que consiguieron algo del preciado líquido. Descansaron aquella noche, completamente rodeados de espinos y, por fin, tras una nueva caminata de seis horas, llegaron a la vista de lo que la muchacha ya sabía era un campamento de nativos. Aunque nada más llegar a sus proximidades...

Ira Taylor supo enseguida que el explorador no había exagerado cuando se refirió a aquellos salvajes. A la media hora escasa de estar entre ellos conocía ya todas sus costumbres y pasiones.

Lo primero que descubrió fue que que no tenían conciencia de su humanidad, es decir, no se daban cuenta del profundo abismo que existe entre el mundo animal y el rey de la creación. Sólo se preocupaban de buscar alimentos. Eran omnívoros, todo les servía para su miserable mesa: semillas, frutos, raíces, larvas, insectos, hojas y hasta cortezas.

Su vida era tan mísera que no podía ser peor. Dada la abundancia de pelo que cubría sus desnudas anatomías, su costumbre favorita consistía en depilarse las barbas y todo el vello de su cuerpo. Con frecuencia, incluso las mujeres, tomaban una brasa de fuego para quemarse con ella el vello. Aunque nunca se lo arrancaban, a menos que creciera demasiado^{15}.

Pero a estos cuidados había que añadir otro, que más bien debía considerarse como goce gastronómico que como operación de aseo: la caza de parásitos.

Como a todos los negros de Australia, las pulgas no les atormentaban

demasiado. En cambio estaban cubiertos de enormes piojos negruzcos, sin hablar de otro parásito que no era el *pediculus capitis*.

Su cuerpo estaba infectado de ellos y así se explicaba que su constante preocupación era darles caza.

Ira Taylor tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos para disimular su repugnancia. Por fortuna sólo estuvieron allí un par de horas, ya que habiendo conseguido el explorador, a cambio de regalos, lo que deseaba de ellos, dio la orden de continuar la marcha.

Avanzando siempre hacia el Norte, dos jóvenes negros de la horda, acompañados de un esquelético dingo, eran ahora los encargados de mostrarles el mejor camino a seguir.

—Ahora avanzaremos más aprisa, muñeca —anunció Symons, colocando su camello a la altura del de la marcha—. Por si no lo sabes, el poder visual de estos salvajes es tan poderoso como el de los avestruces; su fino olfato sólo es comparable al de la jirafa y esa es la razón de que jamás pierdan la pista que siguen. Donde un europeo moriría de hambre y sed, ellos encuentran víveres y agua. Tan admirable es su modo de descubrir y utilizar los recursos de la Naturaleza.

Sin embargo, a pesar de tan expertos guías, tardaron una semana en encontrar lo que tanto parecía interesar al explorador. Fue poco después del amanecer del octavo cuando uno de los negros, precisamente el que iba delante, emitió un grito gutural que obligó al explorador a apretar el paso.

Pronto llegó a donde se encontraba el salvaje, en un claro del mar de espinos, y...

—¡Magnífico! —exclamó Lawrence Symons, agachándose a recoger lo que el negro señalaba—. Esto es lo que quería.

Se trataba de un pesado lingote amarillento y pulido, que Ira Taylor y los dos pilotos que se le hablan acercado identificaron enseguida como una barra de oro.

—Acérquense todos —llamó el explorador, mientras colocaba el bloque de metal en el suelo, a unas dos yardas de distancia de sus pies—. Necesito el mayor número de testigos para mi experimento. Si no me equivoco en mis suposiciones, les aguarda una sorpresa. Fíjense bien.

Apenas lo acababa de decir, en la inmensa soledad del desierto empezó a oírse el sucesivo trallazo de ocho disparos de pistola. En el macizo terrón de color amarillento las balas dejaron sus huellas. Pequeños hoyos que, una vez observados por el explorador, le hicieron exclamar:

—¡Estupendo! Acerté en toda la línea —luego, volviéndose hacia su jefe de camelleros, ordenó: —¡Charley! Trae un hacha enseguida. Será la mejor forma de que todos vean claro.

Intrigados a más no poder, todos siguieron atentamente la extraña operación que Lawrence Symons estaba haciendo con aquella barra. Ninguno podía adivinar lo que se proponía hasta que, arrancado un trozo

del macizo bloque, el explorador lo mostró ante sus ojos. Entonces...

De todos los labios brotó una exclamación de increíble asombro. Lo que ellos creían un lingote de oro puro no tenía del precioso metal más que una capa de apenas media pulgada de espesor. El resto del bloque era ganga.

—Asombrados, ¿eh? —habló Symons, divertido de ver las caras de sorpresa que ponían todos—. Bien. Esto es lo que yo me había imaginado. Ahora ya saben por qué necesitaban provocar un accidente. Alguien se apropió del cargamento de oro, contando de antemano con que el avión que transportaba esta remesa desaparecería entre el spinifex. Ya no hay duda de que...

De pronto se interrumpió. Los dos nativos que permanecían algo alejados de ellos empezaron a gesticular, al mismo tiempo que señalaban hacia el norte.

Lawrence Symons dirigió la vista hacia donde le indicaban y al momento...

—¡Pronto! Volvamos junto a los camellos... ¡Charley! —se encaró con su hombre de confianza—. Descarga enseguida todos los *water-bag* y empieza a repartir el agua. Tendremos que apurarla toda. Será la única que beberemos en algún tiempo... ¡Rápido! ¡No hay un minuto que perder!

Aunque sin poder adivinar a qué se debía aquella extraña orden, Ira Taylor, su hermano y Eric Seaman obedecieron en el acto. Los camelleros ya estaban descargando los sacos de lona cuando ella se acercó al explorador que, con un gesto, le alargaba su cantimplora.

—Bebe, bebe, muñeca. Aprovecha ahora que puedes.

—Pero, ¿qué ocurre? —quiso saber ella—. ¿A qué viene este despilfarro?

—Lo sabrás enseguida. Se acercan los *hot winds*⁽¹⁶⁾ y toda la humedad desaparecerá con ellos. Aunque eso no es lo peor, en nuestro caso; mucho me temo que nos quedemos también sin camellos. Todo depende de la intensidad con que esos malditos vientos se desaten.

Pero como era habitual en el explorador, sus palabras resultaron proféticas. Media hora más tarde, una oscura nube de polvo empezó a ocultar el sol, haciéndoles casi imposible la respiración. De no haber sido por la previsión del explorador, que colocó los animales formando un cerco dentro del cual se refugiaron ellos, no habrían escapado de aquélla.

Y eso que para Ira Taylor el martirio fue menos duro que para los demás. Lawrence Symons le había dicho, al advertir la cercana proximidad de la nube de polvo:

—No será muy agradable, pero sí útil, muñeca. Apoya la nariz en la venda de mí herida y la humedad de la sangre te aliviará lo suficiente para que puedas resistir lo que se avecina. ¡Vamos! ¡No puedes tener reparos ahora!

Pero no era aprensión lo que ella sentía, sino íntima satisfacción por que fuera la sangre de su amado lo que iba a salvarle la vida.

Y así fué. Al cabo de tres horas interminables, cuando aminoró la intensidad de la nube de polvo que los había tenido envueltos, Ira Taylor era la que en mejores condiciones se encontraba.

Todos los demás se encontraban a punto de morir por asfixia. Varios camelleros habían perdido el conocimiento. Y en cuanto a los animales, salvo los dos más viejos, todos habían muerto sin que les sirviera de gran cosa poder cerrar a voluntad las ventanas de su nariz.

Haciéndolo así podían sustraerse, en gran parte, a los efectos del polvo o de la misma arena que el viento o sus patas levantaban a su paso. Habían sido sus pulmones los que no habían podido resistir tan tremendo esfuerzo de retención a que les obligó aquella sequedad.

El aire seguía siendo espeso y casi irrespirable.

—Bueno, muchachos —habló el explorador, que fue el primero en reponerse—. Pongámonos de nuevo en camino. Cargar con lo que podáis, sobre todo si son víveres. ¡Ah! Y procurad “chuparos los dedos” de vez en cuando, para que no se os caigan las uñas^{17}...

No lo olvides, muñeca —se dirigió a la muchacha—. Te llevarías un disgusto si no hicieras lo que te digo. Y ahora en marcha.

Pero al llegar la noche todos estaban agotados. La carga que ahora llevaban y la falta de agua hacia penosísimo su avance. Llegó un momento en que los camelleros se vieron obligados a ir dejando cosas atrás, para poder seguir avanzando.

Y transcurrieron otros tres días.

Tres días durante los cuales fue la sed lo que más les atormentó. En ocasiones la visión por encima de ellos del arco iris atestiguaba que llovía en las capas más altas de la atmósfera. Aunque sin llegar al suelo las benéficas gotas, porque se lo impedía la capa de aire caliente que cubría la superficie del suelo.

A la mañana siguiente, según su costumbre cuando cambiaba la dirección, Symons torció una vez más hacia el Oeste. Atravesaron varios *creeks*^{18} completamente secos y bordeados de montones de *tors*, curiosas rocas redondeadas por la acción eólica.

Pero no encontraban agua.

Para colmo de males, una nueva desgracia vino a empeorar su situación. Al cuarto día, uno después de que hubieran agotado todas las provisiones que llevaban, uno de los camellos se rompió una pata y hubo que sacrificarlo. Así y todo iban a seguir adelante, cuando el explorador lanzó de pronto un grito de alegría.

Su aguda vista había descubierto por delante de él una pareja de *bower birds*, pájaros que fijan ramitas en el suelo y hacen bosquecillos a cuya sombra se cobijan, y en el acto tuvo la seguridad de que allí había agua.

Tan seguro estaba de ello que no tardó en descubrirla. Se trataba de un depósito, tan resguardado del aire y del sol, que por un verdadero milagro no pasaron de largo sin verlo.

Pronto pudieron calmar su sed, cuyo resultado inmediato fue una agudización de su apetito.

—Por esta vez tenemos solución —dijo Lawrence, en respuesta a la muda y ansiosa mirada de ella—. El camello que hemos matado nos servirá de banquete... ¿Has oído, Charley? A la faena, pues.

Y así fue como, una vez más, vencieron aquella angustiosa situación.

Lo más curioso del camello, considerado como alimento, es que se come *todo*: cabeza, pies, cuero, cola, todo entra en la caldera. Hasta los huesos sirven: primero para la sopa; luego se abren para sacar de ellos el tuétano.

En cuanto a la carne, se corta en largas tiras y se pone a secar al sol, operación que exige tres días. La piel⁽¹⁹⁾ se corta y cuece a medias; después se arranca el pelo con un cuchillo y se vuelve a echar a la olla que adquiere el aspecto de la cola de carpintero, cuyo gusto y olor tiene.

Desde luego el alimento que da es casi nulo, pero llena el estómago.

La cabeza queda pronto reducida a estado de cráneo limpio: la lengua y el cerebro constituyen el bocado preferido.

El pie se considera como cosa muy delicada, aunque se necesita mucho tiempo para cocerlo como conviene.

El camello que los expedicionarios cocieron por etapas, ya que carecían de caldera adecuada, no produjo un átomo de grasa en la superficie del agua en que se coció.

La nutrición, por tanto, equivalía a la que pudiera proporcionar la corteza de un árbol. Y no obstante, en su estado de desfallecimiento, sirvió para prolongarles la existencia, durante dos semanas más.

El camello superviviente fue empleado para transportar la provisión de agua que hicieron' y los restos de su congénere, ya cocidos.

Hablan perdido cinco días allí, pero también habían ganado algunas fuerzas. Symons iba a intentar un último esfuerzo por alcanzar la zona esteparia, que ofrecía mejores condiciones de viaje.

Al segundo día de marcha consiguieron matar un milano y cambiar de menú gracias a algunos pequeños frutos que encontraron, cuyas pepitas eran muy amargas y había que sacarlas una a uno. Por suerte las pepitas no se las comió nadie, ya que el explorador los había advertido a tiempo que eran venenosas.

El calor empezó a disminuir. Pero las dunas de arena seguían siendo muy fatigosas de cruzar.

Y por fin, al cabo de tres días más, alcanzaron el límite del desierto, bordeado por una cadena de alturas pedregosas. Al otro lado empezaba la zona esteparia y más allá otras montañas donde ya había hombres blancos.

La última noche en el desierto, casi al pie de las primeras montañas, el explorador hizo un descubrimiento que resultó delicioso para Ira Taylor. Consistió en un pequeño panal de miel que causó las delicias de la joven, después de tanto tiempo sin probar el azúcar.

CAPÍTULO VI

Una semana más tarde, el mismo día que hacía dos meses que salieran de Coolgardie, alcanzaban el extremo más occidental del desierto de Gibson.

Habían atravesado la estepa donde abundaba el *bush*, y encontrado a veces algunos árboles aislados y raros. Especialmente el “árbol botella”, de tronco abultado en el que guarda la reserva de agua que absorben sus raíces.

De estos árboles consiguieron sacar la suficiente, agua para sus necesidades.

—Esta tarde trataremos de alcanzar los yacimientos de Gascoyne, siguiendo el curso del río que está al otro lado de esas montañas —habló Symons, dirigiéndose a la joven y a los dos pilotos—. Allí alquilaremos un vehículo que nos conduzca hasta la primera estación del ferrocarril del litoral.

—¿Qué piensas hacer ahora, Lawrence? —preguntó ella.

Se hallaban descansando en lo que el explorador consideraba como el principio de su última etapa.

—Verás, muñeca —respondió, indicando con un gesto a todos que prestara atención—. Según el director de la “Coolgardie Gold Company”, cuando salimos de Coolgardie faltaban tres meses para efectuar la entrega del oro en el puerto de Condon. Disponemos, pues, de un mes justo para transportar a Pilbarra la última remesa.

—¿Te refieres a la que debía transportar mi hermano en su avión y que alguien cambió por otros lingotes? Por cierto, ¿sigues pensando en que la culpable de todo es la “Gold Woodcok Company”?

—¿Qué supones tú? —respondió, evasivo, con otra pregunta.

—La verdad. Ahora que te conozco me resulta difícil dudar de una cosa que tú afirmaste. Y, sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —indagó él, al advertir que ella se detenía.

—Pues verás. Por más que he pensado en ello no he podido encontrar un solo motivo que justificase tal proceder.

—¿Te parece poco el “score”?

—Admito que tiene su importancia. Oí hablar muchas veces de eso a mi padre y sé que supone muchos millones. Pero así y todo no es motivo para que intenten hacerse con él de esa forma. Máxime cuando a la larga irá a parar a manos de la “Gold Woodcok Company”. De eso puedes estar seguro.

Lawrence Symons pareció meditar durante unos segundos.

—Dime, muñeca —preguntó de pronto—: ¿Cada compañía funde sus

lingotes por separado o es la rectora quien se encarga de hacerlo para todas?

—Cada una funde los suyos. Y ahí es donde encuentro el mayor misterio. La “Gold Woodcok Company” no pudo efectuar el cambio de las barras auténticas por las de ganga. Y mucho menos operar en el avión que debía pilotar mi hermano, para preparar lo del accidente.

El explorador se encaró ahora con el hermano de la joven.

—Contesta a mí pregunta, Dylan —desde que escaparon de los borboris, el explorador tuteaba al que iba a ser su cuñado—. ¿No ocurrió nada raro mientras se efectuaba el cargamento?

—¡Hombre! Lo que se dice raro, no —respondió el piloto—. Lo único que ocurrió es que en vez de utilizar el avión que normalmente tenía asignado, para este viaje me destinaron uno más potente. Me enteré al llegar al campo con mi jaula de palomas. Era todavía de noche y acababa de terminar la carga. Poco después se presentó Seaman. Yo me fui a las oficinas por la hoja de ruta y él se quedó revisando los motores. Debíamos despegar al amanecer.

Lawrence Symons se volvió hacia el otro piloto.

—De modo que fue usted quien revisó el avión, ¿no es eso, señor Seaman? Dígame: ¿está usted ahora completamente seguro de que no advirtió nada anormal en su funcionamiento?

La respuesta que recibió fue rápida y tajante.

—Segurísimo, señor Symons. Funcionaban a la perfección. Y una prueba de ello es que hasta pasadas varias horas no empezaron a fallar.

—De acuerdo. Ahora otra cosa: ¿Cuándo se dieron cuenta de que lo que motivaba ese fallo era un taponamiento en los tubos de alimentación?

—Segundos antes de pararse el último motor. Volábamos en sentido contrario a nuestra ruta, ya que habíamos dado la vuelta tratando de salvar la región de spinifex y así poder aterrizar. Miré el cuadrante delantero y observé que la aguja del combustible no se movía. Se lo comuniqué a Dylan, que era quien llevaba los mandos, pero entonces empezamos a caer. Ya no nos preocupamos de otra cosa que de procurar escapar con vida. Cosa que, afortunadamente, conseguimos.

Siguieron unos segundos de completo silencio. Nuevamente el explorador parecía meditar y nadie se atrevía a interrumpirle en sus pensamientos.

—Todo esto es muy raro —le oyeron decir finalmente—. Pero lo es aún más que...

De pronto dejó de hablar. El sol acababa de oscurecerse con repentina brusquedad, al mismo tiempo que el sordo retumbar de un trueno llegaba claramente a, sus oídos.

En el acto Symons se puso de pie.

—¡Rápido! —apremió—. Se aproxima una tormenta y por desgracia nos

encontramos frente a un “gap”^{20}. Si no alcanzamos a tiempo una de aquellas alturas, estamos perdidos.

Y mientras señalaba hacia las montañas que tenía enfrente, cogió a la muchacha por un brazo y echó a correr hacia ellas.

Los demás le imitaron con tanta rapidez que incluso se olvidaron del único camello que les quedaba. Aunque aquello fue su salvación. De haber perdido un solo minuto en intentar llevar con ellos al animal, no habrían tenido tiempo de alcanzar la altura que el explorador señalara.

En el preciso momento en que resollando y con los pulmones a punto de estallar llegaban a ella, se desencadenó la tormenta. Y con tanto ímpetu y abundancia que...

En contados segundos la zona esteparia que acababan de abandonar se convirtió en un mar de sucias y turbulentas aguas. Por las laderas de las montañas empezaron a discurrir ríos del poco antes ansiado líquido, ahora sin otra misión que la de destruirlo todo a su paso^{21}.

El pobre animal que habían dejado abajo desapareció en un instante de su vida, arrastrado, Dios sabe dónde, por las aguas.

La herida que el explorador recibiera a manos de los borboris, completamente cicatrizada por la sequedad, adquirió ahora un tono cárdeno y feo, al mismo tiempo que empezaba a molestarle.

Ira Taylor, que había captado el movimiento de él para mirársela, indagó curiosa:

—¿Qué ocurre, Lawrence? ¿Por qué te miras la herida? ¿Acaso ha empeorado?

Debido al estruendo de la tormenta tuvo que gritar para que él la oyera. Pero Symons no respondió. Se limitó a hacerla señas de que se mantuviera callada y después la atrajo hacia sí para acurrucarla contra su pecho.

Empapados hasta los huesos y aguantando sobre ellos aquel diluvio que parecía interminable, transcurrieron dos largas horas. Llegó un momento en que el agua socavaba la tierra bajo sus pies, dándoles la impresión de que acabaría por arrastrarlos a ellos también.

Más por fortuna no ocurrió así. Tan bruscamente como había empezado, cesó de llover. Y con la misma rapidez comenzó el fenómeno de la evaporación, que sus ropas fueron las primeras en notarlo.

Pero Ira Taylor pasó entonces más miedo que nunca.

Acabado el impetuoso martilleo de la tierra, ésta empezó a bebérsela con insaciable voracidad. Parecía realmente imposible que tanto líquido como había caído desapareciera tan pronto.

Pero así era. La tierra tenía mucha sed atrasada y pronto dio buena cuenta de ella. Hasta tal punto, que la muchacha y con ella los demás componentes de la expedición pudieron observar con qué ansia lo hacía.

Como si gigantescas ventosas aspirasen desde sus entrañas, el agua

desaparecía, produciendo grandes burbujas que daban la impresión de que hervía. Después, agotada la humedad, el suelo comenzó a cuartearse. Enormes y afiligranadas grietas aparecían ahora en la superficie. Y a intervalos, dañando la vista por el aspecto desolado que proporcionaban al paisaje, cóncavas y grandiosas cazoletas de barro reseco parecía decirles a gritos el tremendo peligro del que acababan de escapar.

—No se puede negar que hemos estado de suerte —comentó el explorador, rompiendo el silencio contemplativo en que estaban sumidos todos—. De habernos cogido la tormenta ahí abajo, no nos hubiéramos salvado ninguno. En fin. Ya ha pasado todo y aquí no hacemos nada... Acércate a mí, muñeca. Nos espera una buena caminata, pero no hay más remedio. En marcha.

Huelga decir que el resto del día fue muy penoso para todos. Aunque lo importante fue que consiguieron su propósito. Próximo ya el atardecer, llegaron a la vista de un campamento de mineros.

Habían recorrido treinta millas siguiendo el curso del río Gascoyne, cuando entraron en los yacimientos del mismo nombre.

Alojados que estuvieron en un confortable barracón, cedido generosamente por los miembros de la comunidad, el explorador no perdió el tiempo. Dejando a sus amigos para que descansaran, salió él fuera para tratar de adquirir lo que necesitaba.

Aunque la primera pregunta que hizo cuando estuvo delante del jefe del campamento fué:

—Dígame, amigo: ¿Durante estas dos últimas semanas, han visto volar algún avión por el desierto?

El aludido, rechoncho y jovial individuo de unos cincuenta años de edad, no necesitó hacer memoria para responder.

—Los únicos aviones que hemos visto volar por aquí —declaró muy seguro—, han sido los de la base aérea de Greys Plains. Y supongo que ya sabe que esos aviones no se adentran en el desierto.

Apenas acababa de oír aquellas palabras, Symons se dio una palmada en la frente.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Pues lo había olvidado! ¡Si no me lo llega a decir usted ni me acuerdo! ¡Vaya! Ahora no habrá necesidad de perder tiempo buscando el ferrocarril del litoral.

Y dándose cuenta de que el hombre le miraba sin comprender, se apresuró a añadir:

—Gracias, amigo. Pero sin proponérselo, me ha dado usted una alegría. ¿Existe algún medio de conseguir un vehículo que nos conduzca a mis amigos y a mí hasta Greys Plains?

—Si no es más que eso lo que pide, desde luego está solucionado —respondió el jefe del campamento—. Con mucho gusto pondré a su disposición una de nuestras furgonetas.

—Gracias una vez más, amigo. No sabe usted el favor que nos hace...
¿Cuándo podemos salir? Tendríamos que estar ahí al amanecer.

—En ese caso puede descansar unas horas. Yo mismo iré a avisarles para que no tengan que preocuparse. Resulta un placer poder ser de alguna utilidad al famoso Lawrence Symons.

Y así se hizo.

Poco después de media noche la expedición abandonaba Gascoyne en una cómoda furgoneta que, en pocas horas, los condujo a Greys Plains.

Una vez allí, Lawrence se puso inmediatamente al habla con el jefe de la base aérea que, apenas enterado de lo que ocurría, se apresuró a colaborar con nuestros amigos.

Y de tal forma lo hizo que al salir el sol volaban ya hacia el Sur en un rápido bimotor de la R.A.F.

Repostaron en Geralton, única etapa del viaje, y, por fin, al anochecer, aterrizaban en Coolgardie. Y apenas en tierra...

Después de instruir a los siete camelleros que le quedaban sobre lo que debían hacer, el explorador se encaró con la muchacha y los dos pilotos.

—Bien —empezó—. Ha llegado el momento de proseguir nuestro trabajo. Tú, Dylan —se dirigió al que iba a ser su cuñado—, te cuidarás de ir a echar un vistazo a tus palomares. Seaman puede acompañarte. Ira y yo vamos a hacer una visita al director de la “Coolgardie Gold Company”. Sobre todo tráeme enseguida noticias de las palomas que soltamos. Eso es muy importante.

Sydney Ramsey, director de la “Coolgardie Gold”, los recibió en cuanto fueron anunciados.

—¡Qué agradable sorpresa, señor Symons! —exclamó, adelantándose con la mano extendida al encuentro del explorador—. ¿Quiere saber una cosa? Después de tanto tiempo sin saber noticias de usted, esperaba verle en persona para poder dar crédito a lo que acababa de anunciarme mi secretaria. Pero siéntese, por favor. Y usted, señorita Taylor. No hace falta más que verlos para comprender que vienen casi exhaustos.

—Nos vamos enseguida, señor Ramsey —respondió Lawrence, sin aceptar la invitación que le hacían. Y añadió: —Sólo hemos venido para rogarle que nos acompañe a la fundición.

—¿A la fundición? ¿A estas horas? ¿Y sin contarme antes cómo...?

—Se lo explicaré durante el camino, señor Ramsey —le interrumpió el explorador, sin dejarle acabar la frase—. De momento es más importante hacer lo que le he dicho. Necesito comprobar una cosa, antes de hablar con los de la “Gold Woodcok Company”.

La sorpresa de Sydney Ramsey llegó a su límite.

—¿Qué tiene que ir a hablar con los de la “Gold Woodcok Company”?
¿Me asombra usted, señor Symons! Creí que tan sólo nosotros...

—Perdone si le interrumpo de nuevo, señor Ramsey —le cortó por

segunda vez—: Comprendo que todo esto le parezca muy extraño, pero le aseguro que tengo motivos sobrados para obrar así... ¿Le parece que salgamos ahora mismo?

A todas luces intrigado por aquel apresuramiento, el director de la “Coolgardie Gold Company” respondió:

—Sí, sí, claro. Tratándose de algo tan urgente no esperemos más. Un momento.

Acercóse a la mesa y, tras pulsar en una clavija del dictáfono, ordenó:

—Señorita Logan. Avise a Jones enseguida. Dentro de cinco minutos quiero que esté con el coche a la puerta. En cuanto a usted, no se mueva de aquí hasta mi regreso. Es muy posible que la necesite. Nada más.

Durante el camino hacia la fundición, Ira Taylor se llevó un tremendo susto. Apenas acababan de subir al coche que les esperaba a la puerta de las oficinas, Lawrence Symons se desplomó como un fardo en su asiento.

—¡Lawrence! ¡Lawrence! —exclamó la muchacha, asustada—. ¿Qué te ocurre? —y al advertir que no le contestaba, pidió al director: —Por favor, señor Ramsey. Ordene al chófer que nos lleve al hospital. A lo mejor se le ha abierto la herida que le hicieron aquellos salvajes y...

No pudo continuar. El brazo del explorador acababa de atraerla hacia él, al mismo tiempo que, con voz débil, pero con decisión, decía:

—Olvídate del hospital, muñeca. Es a la fundición a donde quiero ir... No, no rechistes. Te aseguro que lo mío no es nada de importancia. Un simple vahído que se me pasará enseguida... A la fundición, señor Ramsey.

No hubo más remedio que obedecerle. Pendientes de él atravesaron la población sin pronunciar otras palabras que aquéllas con las que Ira Taylor iba interesándose por su estado.

Menos mal que aquello duró poco. Como ya había anunciado, Symons no tardó en reponerse. Al menos en apariencia, cuando atravesaron la gran puerta de entrada de la fundición era ya el mismo de siempre.

—¿Lo ves, muñeca? —se dirigió a la muchacha—. Estaba seguro de que esto no duraría mucho. Como en otras ocasiones, sólo me dura unos minutos. Me pasa siempre que estoy excitado... ¿Llegamos ya, señor Ramsey?

El director de la “Coolgardie Gold” se volvió hacia él para responder:

—Estamos a punto de parar. ¿Y usted? ¿Se encuentra ya mejor?

—Como nunca. Sólo fue un arrechucho sin importancia... ¡Hola! Parece que nos detenemos. Bien. Vayamos a lo que interesa.

Atravesaron una gran nave, donde se amontonaban los depósitos de cianuro y mercurio, y por fin llegaron a otra abarrotada de ganga mineral.

A un lado de la grandiosa nave aparecía la ganga virgen, como salía de los yacimientos. Y al extremo opuesto la ya limpia del precioso metal con que antes estuviera mezclada.

Cuadrillas de hombres sudorosos se movían de un lado a otro en

constante ajetreo. Pero el explorador no parecía dar a aquello mucha importancia.

—¿Quiere guiarnos hasta los hornos, señor Ramsey? —pidió—. Quanto antes terminemos mucho mejor.

La sala de hornos ofrecía un aspecto dantesco cuando ellos entraron. Por un momento los enormes crisoles llameantes, el humo sulfuroso entre el que se movía un enjambre de hombres desnudos de cintura para arriba, y el calor que reinaba en el ambiente, dieron a la muchacha la impresión de que había entrado en el infierno.

Aunque pronto se olvidó de todo para no preocuparse de otra cosa que de seguir al explorador.

Lawrence Symons se dirigía en línea recta hacia donde fundían los lingotes de oro puro. Allí se detuvo junto al crisol “reina” para contemplar la operación desde su licuamiento hasta quedar convertido en un bloque macizo y amarillento.

—Bien, señor Ramsey —se volvió de pronto hacia él a todas luces intrigado director—. Ya he visto lo que quería. Perdón que continúe tan enigmático, pero ya se lo explicaré todo. De momento, encárguese usted de preparar el avión de transporte más rápido que posea la Compañía, mientras yo me acerco a la “Gold Woodcok Company”. Lo único que puedo adelantarle es que mañana al amanecer emprenderemos el vuelo hacia Pilbarra.



Los insectos le atacaron de repente

—¡Pero, señor Symons!—protestó el director en el colmo del asombro —. ¿Se da usted cuenta de qué me tiene en vilo? Todavía no me ha dicho una palabra del resultado de su misión y...

—Lo sabrá usted todo a su tiempo, señor Ramsey —volvió a interrumpirle el explorador, agarrando a la muchacha por un brazo y empujándola hacia la salida—. Ahora haga lo que le he dicho. De lo demás nos encargaremos nosotros... Vamos, muñeca. Hemos de llegar a las oficinas de la “Gold Woodcok” antes de que cierren.

Sin hacer caso de las protestas de Sydney Ramsey, Lawrence y la joven abandonaron el recinto. Ya en la calle subieron de nuevo al coche del director y Symons ordenó:

—A las oficinas de la “Gold Woodcok Company”. ¡Rápido!

El chófer reflejó en sus ojos la sorpresa que le causó aquella orden. No obstante, encogiéndose de hombros, se apresuró a obedecer.

La “Gold Woodcok” tenía sus instalaciones en las afueras de la población, precisamente en el extremo opuesto al lugar que ocupaba la “Coolgardie Gold”. Las oficinas se hallaban en un magnífico edificio rodeado por un alto muro.

El coche que conducía al explorador y a la muchacha se detuvo ante la puerta. Se apearon allí de él y de nuevo dio la vuelta para regresar a su punto de partida.

—Bien, muñeca. Ya hemos llegado —dijo Lawrence Symons, encarándose con Ira—. Voy a decirte ahora por qué te he traído conmigo. Escucha...

Había caído la noche. La única luz que había por allí era precisamente la que derramaban dos faroles encendidos, uno sobre cada pilar de los que sujetaban la enorme puerta de hierro que constituía la entrada al recinto.

Debajo de uno de ellos se detuvo el explorador, cuando siguió diciendo:

—Quiero que hagas uso de toda, tu influencia para que cuanto antes pueda hablar con el director de la “Gold Woodcok”. En tu calidad de mayor accionista de la Compañía no te será muy difícil. ¡Ah! Y otra cosa. Procura no asombrarte por nada de lo que oigas. Aunque te dé la impresión de que me he vuelto loco, mantente serena. Más tarde te lo explicaré todo. ¡Ea! no perdamos más tiempo.

Se acercaron a la entrada y una vez allí Ira Taylor pulsó un timbre. Transcurrieron unos segundos y por fin se abrió una rejilla tras la que apareció la cabeza de un hombre que llevaba una gorra de portero.

Pronunció la muchacha su nombre y en el acto se abrió la puerta, dejándoles libre el paso.

Al cruzar el umbral, la luz de uno de los faroles dio de lleno en el rostro del que había abierto la puerta. Ira Taylor dejó entonces escapar una exclamación de asombro. En aquel hombre acababa de reconocer al

camellero que huyó en pleno desierto, después de que su compañero fracasase en su intento de asesinar al explorador.

Por su parte, Lawrence Symons se volvió hacia ella para enterarse de lo que la ocurría. Y entonces...

Surgiendo bruscamente de la caseta del portero, dos hombres se precipitaron sobre él, mientras el que iba uniformado lo hacía sobre la muchacha.

CAPÍTULO VII

Cumpliendo las instrucciones del explorador, Dylan Taylor y Eric Seaman se dirigieron al domicilio del piloto. Para ello utilizaron uno de los “jeeps” del aeródromo.

—En unos momentos nos cambiaremos de ropas — dijo el piloto, apenas el vehículo se puso en marcha—. Somos aproximadamente de la misma estatura y alguna de mis prendas te sentará bien. Cualquier cosa será mejor que estos andrajos. ¿No te parece?

—Desde luego. Pero no olvides lo que dijo tu futuro cuñado. Aseguró que era muy importante que nos enterásemos qué había sido de las palomas que enviamos.

—No será muy difícil. A menos de que se presentaran de noche, cosa que dudo, conozco a alguien que nos dirá cuándo llegaron.

—¡Estupendo! No te puedes hacer una idea de lo intrigado que me tiene Lawrence Symons. No ha querido decirnos nada, pero estoy seguro de que nos prepara alguna sorpresa... ¿Qué opinas tú de lo ocurrido?

—No me he entretenido a pensar en ello. Pero de lo que no hay duda es de que alguien quiso quitarnos de en medio. ¡Si alguna vez le tengo al alcance de mí mano...! Mira. Ya hemos llegado.

En efecto. El “jeep” acababa de detenerse frente a la puerta de un bonito chalet.

—Aguárdenos aquí —dijo Dylan Taylor al chófer—: Estaremos de vuelta dentro de unos minutos.

Era ya completamente de noche cuando entraron en la casa. Dylan Taylor abrió un armario de su dormitorio y después de apartar un traje para él, se encaró a su amigo.

—Escoge tú ahora lo que más te guste, Seaman. Entretanto subiré a los palomares a echar un vistazo.

Cuando regresó, al cabo de casi un cuarto de hora, el rostro de Dylan Taylor reflejaba honda extrañeza.

—No lo entiendo —murmuró, mientras procedía a cambiarse de ropas—. Por más que he mirado no he podido encontrar el menor rastro de las palomas que soltamos. Y alguna tuvo que llegar, ¡qué diablos!

Trajeados ya con su nuevo atuendo, los dos amigos parecían otros.

—Sígueme, Seaman. Vamos a salir de dudas de una vez.

Una vez fuera, cruzaron la calle para detenerse ante la puerta de otro chalet vecino.

—Buenas noches, señora Boom —saludó el piloto, dirigiéndose a la mujer que salió a abrirles—. ¿Podría hablar con la pequeña Katy? Se trata de mis palomas mensajeras, ¿sabe? Sé que siempre está pendiente de ellas

y quizá pueda aclararme algo que me intriga.

La señora Boom no pareció asombrarse mucho por la petición. No era la primera vez que aquello ocurría. En cambio, sí se mostró sorprendida por la inesperada presencia allí del hermano de su vecina. Como todo Coolgardie, conocía lo de su desaparición en el desierto. No hubo más remedio que explicarle, aunque superficialmente, su casi milagrosa salvación. Luego, la llegada de la niña, cuya presencia habían solicitado hizo cambiar el giro de la conversación.

—Hola, Katy —saludó Dylan Taylor, arrodillándose junto al sillón en que la habían sentado—. He venido a verte para que respondas a unas preguntas. ¿Verdad que lo harás?

—Sí, señor —respondió la niña, con su vocecita infantil—. ¿Qué quiere preguntarme?

—Verás. Se trata de mis palomas. He notado que faltan las que solté últimamente y me extraña mucho que no hayan llegado. Entonces me dije: “La pequeña Katy es muy observadora. Sé que le gusta mucho ver— las llegar y ella es la única que puede sacarme de dudas”. Las que echo de menos eran completamente blancas. ¿Has visto a alguno volar por aquí?

Como esperaba, la respuesta de la niña fue rápida.

—Sí, señor Taylor. He visto a esas palomas blancas, aunque de esto hace más de veinte días. Recuerdo muy bien que fueron seis las que, una detrás de otra, se posaron en el alero tal como acostumbra antes de entrar en el palomar. Por cierto que desde aquel mismo día ya no volvió más el hombre que cada mañana hacía una visita a los palomares.

Dylan Taylor cambió una mirada con Seaman. Pero enseguida se encaró de nuevo con la niña.

—Eso es una buena noticia, Katy —le dijo—. Pero me gustaría saber, además, si viste salir al hombre, por última vez, de mí casa.

—Pues sí. Me encontraba jugando en la terraza y mamá me llamó para comer. Fue entonces, al echar un último vistazo a ver si llegaban más palomas, cuando vi al hombre salir a la calle y montar en un automóvil. Me llamó la atención el paquete que llevaba en la mano. Hasta entonces siempre se las había visto desocupadas.

Dylan Taylor ya no quiso saber más. Incorporándose hasta quedar de pie, se dispuso a retirarse, no sin antes decir a la mocita:

—Gracias, Katy. Tus buenas dotes de observación me acaban de hacer un gran favor. Perdona por la molestia, señora Boom —se encaró ahora con la madre. Y añadió: —Un día de estos volveré con mi hermana para hacerles una visita más larga. Ahora tengo que marcharme. Buenas noches.

De nuevo en el “jeep”, Dylan Taylor ordenó al chofer que los condujera a las oficinas de la “Coolgardie Gold Company”, donde esperaban encontrar al explorador y a la joven que le acompañaba. Y mientras atravesaban la población...

—Ahora ya sabemos por qué no estaban allí las palomas —dijo Eric Seaman—. Tu hermana debió dejar a alguien encargado de vigilar los palomares por si enviaban algún mensaje y ese es el hombre que se las llevó. Lo que no me explico es por qué no las dejó en el palomar. Con recoger los mensajes había bastante, ¿no eres?

—Desde luego. Pero esperemos a hablar con mi hermana, y ella nos lo aclarará todo.

Pero al llegar a su destino se llevaron una nueva sorpresa. A su pregunta, respondió la secretaria del director:

—Desde luego estuvieron aquí. Pero se marcharon enseguida con el señor Ramsey.

—¿Tiene idea de a dónde se dirigieron?

—En absoluto. Sólo sé que mi jefe pidió el coche y...

El timbre del teléfono la interrumpió. Se excusó con un gesto de cabeza y descolgó el auricular.

—Diga. ¡Ah! ¿Es usted, señor Ramsey? Precisamente hay aquí dos señores preguntando por usted... ¿Qué quiénes son? Espere un momento.

Se encaró con los aviadores y preguntó:

—¿Tienen la bondad de decirme su nombre? Es el señor Ramsey.

Repitió la secretaria los nombres de sus visitantes y al momento pegó un respingo en su asiento. Desde el otro extremo del hilo había llegado a sus oídos una exclamación que no esperaba oír de los labios de su jefe. Luego...

—Sí, sí, le escucho, señor Ramsey. Dígame.

Transcurrieron unos minutos de silencio, durante los cuales sólo oyeron algunas palabras sueltas de la secretaria y por fin...

—De acuerdo, señor Ramsey. Así mismo se lo comunicaré... Sí, sí, enseguida.

Libre ya del auricular por el que había estado hablando, la secretaria se volvió hacia los pilotos.

—El señor Ramsey —declaró— se encuentra en el campo de aterrizaje de la compañía, esperando la llegada de un gran avión de transporte que ha mandado llamar a Perth. Mañana ha de salir para Pilbarra y, según me acaba de decir, si ustedes se encuentran en condiciones, le gustaría que fueran sus tripulantes.

Dylan Taylor y Eric Seaman no pudieron contener un gesto de extrañeza. Aunque enseguida reaccionaron.

—Gracias, señorita —respondió el primero—. Hablaremos con él y nos pondremos de acuerdo. Buenas noches.

Utilizando el “jeep” emprendieron la marcha hacia el campo de aviación de la “Coolgardie Gold Company”.

—¿Qué opinas de la invitación que nos hacen, Seaman? —preguntó Dylan Taylor, apenas hubo arrancado el coche—. Nada menos que volar

otra vez sobre ese maldito desierto. Sólo de pensarlo me da frío.

—Y a mí también. Aunque claro, esta vez tomaré mis precauciones. No habrá quien me haga despegar sin antes haberlo comprobado todo a conciencia.

—Muy bien hablado, Seaman. Eso es precisamente lo que te iba a decir. Porque no nos podemos negar. Si mi cuñado ha conseguido recuperar el oro, como parece indicar esa petición de un gran transporte, a nosotros nos incumbe hacerlo llegar a su destino. Fracasas otra vez sería...

Un brusco frenazo del “jeep” le obligó a cortar la frase. Por delante de ellos, a unas diez yardas de distancia, los faros del coche acababan de enfocar la figura de un hombre, parado en medio de la carretera, ahora solitaria, haciéndoles señas de que se detuvieran.

Detrás de él se destacaba la alambrada que circundaba el campo hacia el que se dirigían.

—¡Mira, Seaman! —gritó Dylan Taylor, poniéndose de pie en el coche—. ¡Es el señor Ramsey! ¡Algo debe haber ocurrido para que salga a esperarnos en el camino!

* * *

Lawrence Symons se encogió sobre sí mismo al ver aparecer a los dos hombres que le atacaban. Los dos llevaban sendos cuchillos en sus manos y por las trazas no podían llevar peores intenciones.

El que vestía el uniforme de portero había conseguido sujetar a Ira Taylor, al mismo tiempo que con una mano le tapaba la boca para impedirle gritar, cuando los otros cayeron sobre el explorador.

Uno de ellos, que más rápido que su compañero se había abalanzado dispuesto a hundir su cuchillo en el pecho de su víctima, se vió de pronto arrancado del suelo y proyectado en el aire. Aunque antes...

La mano de Lawrence Symons, que tras agilísimo esguince se había cerrado alrededor de la muñeca armada de su atacante, tiró con fuerza hacia abajo. Esperó a que el bandido se inclinara y entonces, sin soltarle, giró sobre sí mismo hasta que el brazo que aprisionaba descansó sobre su hombro. Después, con fuerte impulso que el otro no pudo repeler, lo proyectó por encima de su cabeza en dirección al segundo que se disponía a atacarle.

Al choque, los dos bandidos rodaron por el suelo. El que sujetaba a la muchacha debió pensar que el explorador se precipitaría ahora sobre ellos. Pero se equivocó.

Lawrence Symons saltó por encima de los caídos para ir a caer exactamente junto a la muchacha. Y tan rápido se movió que cuando el portero quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Algo que le pareció una tenaza de hierro se cerró alrededor de su cuello, obligándole a soltar a su

prisionera. Y no fue aquello solo.

La propia Ira Taylor, recostada ahora contra la garita donde había ido a parar, reflejó en sus ojos la impresión que le permitía ver el cambio que se había operado en el explorador.

El hombre que media hora antes había visto ella casi sin fuerzas para respirar, se había convertido en una fiera salvaje.

En su torso desnudo, con los poderosos músculos a punto de reventar la piel, percibió ella el esfuerzo a que estaba sometiendo sus brazos. La luz del farol más próximo, al chocar contra su espalda, descubrió a los ojos de la muchacha el movimiento de contracción de sus tríceps. Luego, exactamente cuando los otros dos bandidos se incorporaban, el cuerpo del portero, desmadejado, se desplomó a los pies del explorador. Y casi al mismo tiempo...

Los dos brazos armados que se abatían en busca del cuerpo de Lawrence Symons se paralizaron bruscamente en el aire. Después, con dos alaridos simultáneos, mezcla de sorpresa y dolor a la vez, a los dos asesinos se les doblaron las rodillas y rodaron de nuevo por el suelo. Esta vez para no levantarse más.

En un alarde de facultades físicas y habilidad en aquella clase de lucha, el explorador había obligado a sus dos atacantes a ser ellos mismos quienes se apuñalaran.

Y ocurrió de una forma tan rápida, que Ira Taylor no se dio cuenta de que todo había terminado hasta que advirtió junto a ella la presencia del explorador.

—Tranquilízate, muñeca —oyó que le decía, añadiendo a continuación, con naturalidad que no podía ser más sincera: —Fue una suerte para nosotros que sólo enviaran a tres. Debieron suponerme tan débil que los consideraron suficientes para hacer el trabajo. Aunque les salió mal la cosa. Yo soy algo duro de pelar y...

Cortando en seco la frase, empujó a la muchacha dentro de la garita, mientras la advertía en voz baja:

—Procura no meter ruido, muñeca. Han salido varias personas de la casa y se dirigen hacia aquí... ¡Cuidado!

Esta vez el explorador se preparó para cualquier eventualidad. Empuñando su pistola *Smith*, atisbo por la puerta de la garita hacía el paseo de grava por donde corrían los que se acercaban.

Segundos después, a la luz de los faroles que alumbraban aquel lugar, pudo ver a los dos hombres y un muchacho vestido de botones que se detenían a pocos pasos de la garita.

¡Mire, señor Murphy! —gritó de pronto el muchacho— Estos debieron ser los que gritaron. ¡Oh! ¡Pero si están muertos! Y el portero tampoco se mué...

Una voz de hombre le interrumpió.

—¡Repámpanos! ¡Qué ha ocurrido aquí! ¡Fíjese, Broome! ¡Pero si son Rosewall y Kennan! Parece como si ellos mismos se hubieran apuñalado... ¡Diablos! ¿Qué hace Alvin vestido de portero?

Siguió una pausa y la misma voz añadió:

—¡Johnny! Entra en la casa y telefona a la policía. Di que es muy urgente.

En la garita el explorador susurró al oído de Ira:

—¿Te dicen algo esos nombres, muñeca? ¿Quiénes son?

—El señor Murphy es el director de la “Gold Wood— cok”. En cuanto a Broome, es su secretario.

Meditó el explorador unos segundos y de pronto, como si tomara una decisión, advirtió:

—Escucha con atención, muñeca. Cuando yo te avise, preséntate a ellos... No, no temas. Nada te ocurrirá. Lo que importa es que ellos no se den cuenta de mí presencia. Yo intervendré en el momento oportuno... Ahora. Ya puedes salir.

Era tan grande la confianza de la muchacha en el explorador que no titubeó un segundo. Obedeciendo sin rechistar abandonó la garita, llamando:

—¡Señor Murphy! ¡Señor Murphy!

Desde donde se encontraba, Lawrence Symons oyó perfectamente una doble exclamación de sorpresa. Luego...

—¡Señorita Taylor! —exclamó la misma voz que ya había oído antes—. ¡Será posible!... ¿De dónde sale usted?

Ira Taylor procedió a dar explicaciones, pero pronto fue interrumpida.

—Todo esto es muy extraño, señorita —oyó el explorador que decía Murphy—. Lo mejor será que entremos y me lo explique usted con más detalles... Usted, Broome, quédese aquí hasta que llegue la policía. Y si no, acompañenos también. Es muy posible que le necesite.

Se oyeron los pasos que se alejaban y poco después se hacía el silencio. Lawrence Symons distinguió perfectamente cómo los dos hombres y la muchacha entraban en la casa.

Entonces abandonó la garita. Sigilosamente se dispuso a salir detrás de ellos, pero de pronto...

Al pasar junto al cuerpo del portero, a sus oídos llegó claramente el murmullo de unas palabras sueltas. Se inclinó entonces sobre el caído y... sí, no podía haber duda. El hombre movía los labios como si estuviera delirando.

—No... estaba... tan... débil... como nos... dijo —entendió, no sin gran trabajo—. Debía... buscar... que... acabara... con... nosotros...

Siguieron unos sonidos ininteligibles y por fin...

—Ha... sido... una... trampa... muchachos... Nos ha... engañado... ¡Mal... di... to...seas...!

La última palabra fue un nombre, apenas audible. Pero un nombre que produjo en el explorador el efecto de una descarga eléctrica.

En un segundo lo que sólo había sido una especie de cautela prudente se convirtió en certeza absoluta. Menos un pequeño detalle, todo lo demás no podía estar más claro, ¡Si pudiera hacer hablar un poco más a aquel hombre!...

Lawrence Symons se inclinó más sobre el moribundo. Ahora se lamentaba por haberle apretado tanto. Sus potentes dedos le habían partido el cuello y aún no se explicaba cómo seguía viviendo. Aunque, desde luego, por poco tiempo.

Con sumo cuidado para no moverle, aplicó los labios al oído del hombre y formuló una pregunta varias veces seguidas. Pero ya era tarde.

Agotadas sus energías, el hombre ya no pudo pronunciar una sola palabra. Con su último estertor, ladeó la cabeza y quedó muerto.

Lawrence Symons se puso entonces de pie. Maldiciendo su suerte, que por unos segundos le impedía dar con la explicación final de todo, echó a correr, ahora sin ninguna precaución, en dirección a la casa.

Pulsó el timbre y en el acto se abrió la puerta.

—¡Pronto, muchacho! —se dirigió al asustado botones que ahora tenía delante—. ¿Dónde está la joven que entró hace un momento con el señor Murphy?

Incapaz de pronunciar palabra, el botones sólo supo señalar hacia la escalinata que ascendía a los pisos superiores. La pistola que empuñaba el explorador y el aspecto que le daban sus ropas destrozadas había paralizado al pobre muchacho.

Pero Lawrence Symons no se entretuvo en tranquilizarle. Subiendo de cuatro en cuatro los escalones, llegó al primer rellano. Descubrió un largo pasillo a cuya izquierda se veían varias puertas consecutivas y al llegar junto a una de ellas, tras la que se oía murmullo de voces, rápidamente hizo girar el pomo y se precipitó dentro...

* * *

Dylan Taylor y Eric Seaman se apearon de un salto del “jeep” para precipitarse al encuentro del director de la “Coolgardie Gold Company”.

—¿Qué ocurre, señor Ramsey? —preguntó el primer piloto, apenas llegaron junto a él—. ¿Cómo es que ha venido a esperarnos fuera del campo? ¿No están mi hermana y el señor Symons con usted?

—No. Se marcharon hacia la “Gold Woodcok”. Por cierto que el señor Symons tenía tanta prisa que todavía no me ha contado nada del resultado de la expedición. Ni siquiera me había dicho que los había encontrado a ustedes. Por eso he salido a su encuentro. No he tenido paciencia para esperar. ¿Saben ustedes para qué quiere el señor Symons el avión de

transporte que me ha hecho llamar a Perth? Al principio creí que era para ir en busca del oro que se perdió en el desierto, pero creo que piensa volar directamente hasta Pilbarra. Es todo lo que sé. Por eso, como ya les diría mi secretaria, me gustaría que fuesen ustedes sus tripulantes, aunque, la verdad, ignoro todos los demás detalles del viaje.

Inició Sidney Ramsey el gesto de echar a andar hacia la puerta del campo de aviación, pero de pronto, girando sobre sus talones, se volvió para decir:

—Nos olvidábamos del coche que les ha traído. Despídalo, Seaman. Ya no lo necesitarán.

Un minuto después entraban en el campo, enmarcados por los faros encendidos de todas las luces de situación.

—El aparato que esperamos aterrizará en la última pista, que es la más grande—anunció Sidney Ramsey, para añadir a continuación: —Bien, señor Taylor. Si le parece, mientras caminamos, puede contarme lo ocurrido. Estoy rabiando por saberlo.

Dylan Taylor no se hizo rogar. Mientras avanzaban en dirección a la pista indicada por el director de la “Coolgardie Gold Company”, fue explicando los incidentes del viaje.

—¡Es increíble!—exclamó Sidney Ramsey, al llegar al pasaje del descubrimiento de los lingotes falsos—. Si se extiende esa noticia, ninguna compañía minera confiará más en nosotros. No se lo habrán dicho a nadie, ¿verdad?

Y las palabras del director estaban plagadas de ansiedad.

Tranquilícese, señor Ramsey. Aparte de mí hermana y el señor Symons, Seaman y yo somos los únicos que lo sabemos. Y lo que es por nosotros, no trascenderá. Aunque, eso sí, si consigo que caiga en mis manos el culpable de todo esto...

Se interrumpió al oír el runruneo de un motor de aviación que se iba aproximando al campo, e instintivamente levantó la cabeza.

—Debe ser el avión que esperamos —dijo el director—. Será mejor que nos demos prisa.

Corriendo ahora a través del campo, por encima del cual empezaban a moverse las luces de los reflectores, los tres hombres se dirigieron hacia el punto señalado para el aterrizaje.

Ninguno dio importancia al hecho de que una de las furgonetas, que junto con varios “jeeps” habían salido de los hangares, se separara de las demás y se dirigiera hacia ellos.

El enorme avión que llegaba, después de dar dos vueltas al campo, empezaba a posarse en el suelo de la gran pista. El rugido de los motores ahogó el que hacía la furgoneta que avanzaba a sus espaldas, como si quisiera echárseles encima.

Pero así y todo...

Un secreto instinto pareció advertir a los pilotos. Los dos a la vez se volvieron para mirar atrás. Y entonces, retratada en sus ojos una mirada de sorpresa, emitieron una exclamación de asombro.

A sus oídos llegó el característico estampido de varios disparos. Y mezclada con ellos una voz que gritaba:

—¡Le salió mal el truco, señor Ramsey! ¡No intente utilizar el otro brazo o le salto la tapa de los sesos!

CAPÍTULO VIII

—Confieso que mis primeras sospechas recaían sobre la “Gold Woodcok Company”. La explicación que me dio Ramsey cuando solicitó mis servicios para buscar el avión siniestrado no podía ser más lógica. Del éxito de mí empresa dependía, según él, la continuidad de su compañía como entidad rectora de todos los yacimientos de la región. Luego, por si fuera poco, mi futura esposa, aquí presente, me comunicó su condición de mayor accionista de la “Gold Woodcok”. Dos motivos más que suficientes para que la citada compañía tuviera el máximo interés en que fracasásemos. Por el primero conseguían desprestigiar a su rival, haciéndose con el “score”, y por el segundo se convertían automáticamente en propietarios de una fortuna que, si bien se encontraba ya en su poder, legalmente no podían tocar.

Hablaba Lawrence Symons, desconocido ahora bajo su nuevo y flamante vestuario. Libre de las barbas y peinado con arreglo a los cánones del más refinado elegante, el explorador parecía realmente otro.

Habían transcurrido tres días desde los últimos acontecimientos.

Incluso el ambiente que le rodeaba era bien distinto a aquél en que se desarrollara tanto tiempo. Ahora se encontraba en las oficinas de la “Gold Woodcok Company”, acompañado de Ira Taylor, su hermano y el piloto Seaman. Además, se encontraban presentes el director de la compañía y un delegado de la “Coolgardie Gold Company”.

Y todos escuchaban sus explicaciones.

—El incidente de los dos camelleros que tuvimos que contratar a última hora me hizo llegar a una conclusión: Alguien estaba empeñado en que no pudiéramos dar con el oro desaparecido. ¿Por qué? Sólo una respuesta: Porque no suponía una pérdida considerable. De ser así, el organizador de todo habría esperado a conocer su paradero antes de intentar eliminarnos. Y no me equivoqué, máxime cuando antes de proceder a su búsqueda ya sabía yo que el accidente del avión que lo transportaba había sido provocado. Bastó con inspeccionar un lingote de los tres que encontramos para convencerme.

Hizo una pequeña pausa para encender un cigarro, el primero desde que Ira Taylor le conocía, y siguió explicando:

—Una de las cosas que también me intrigan fue la falta absoluta de aviones en el cielo. Antes de salir de aquí, habíamos quedado con Ramsey que él se encargaría de tener a alguien vigilando los palomares de mí futuro cuñado. Nos habíamos llevado uno de sus grupos de palomas mensajeras para el caso de que necesitáramos enviar algún mensaje. Y, sin embargo, aunque solté las seis pidiendo socorro y fijando nuestra situación

e itinerario que seguíamos, los aviones brillaron por su ausencia. Y esto me escamó. Aunque probable, me resultaba muy difícil creer que ninguna de las seis palomas había llegado a su destino. Esa fue la razón de que abandonáramos la ruta que había indicado en los mensajes y tomáramos la dirección Oeste en busca de los yacimientos de Gascoyne. En fin, todos ustedes ya saben cómo llegamos aquí. Lo que ignoran es que...

Se volvió hacia Ira Taylor, que se encontraba a su derecha, y continuó:

—¿Recuerdas, pequeña, el vahído que me dio durante el trayecto a la fundición? Pues asómbtrate. Fue completamente fingido. Con ello no quiero decir que sospechase ya de Ramsey. Pero me extrañó tanto que al vernos entrar en su oficina no mencionara para nada a tu hermano ni a las palomas que, obedeciendo a un secreto instinto, decidí arreglármelas para no tener que hablar durante el camino.

Encarándose ahora con los demás, prosiguió:

—Mi visita a la fundición tenía un motivo. Quería saber el número de hombres que intervenían en la operación de fundir lingotes. Así fue cómo supe que eran demasiados para utilizarlos como cómplices de un tercero. Con ello descarté la posibilidad de que las barras de oro puro hubieran sido escamoteadas por aquel procedimiento y por la “Coolgardie Gold”.

Tras otra pequeña pausa, siguió diciendo:

—Por otra parte, si, según Ramsey, el oro desaparecido no pertenecía a su compañía, una cantidad tan grande como suponen diez millones de libras esterlinas debía pertenecer a la “Gold Woodcok”. El problema estribaba en poder hablar con los directores de esta compañía de una forma que, si eran ellos los que habían organizado el tinglado, no tuvieran más remedio que considerarse descubiertos y, naturalmente, vencidos. Con esa intención, Ira y yo nos dirigimos hacia aquí. Aunque antes, todo hay que decirlo, había instruido al jefe de mis camelleros. Según mi orden, si al día siguiente no recibían noticias mías, debía entregar a la policía un sobre en el que había metido un pliego explicando todas mis sospechas.

Pendientes de los labios del explorador, ninguno de los presentes parecía respirar.

—En un principio —siguió explicando Lawrence Symons—, el ataque de que fuimos objeto nada más llegar aquí, por los tres que sin ninguna duda pertenecían a la “Gold Woodcok”, casi me convenció de que había acertado en mi suposición. Calculen ustedes mi sorpresa cuando el que iba vestido de portero pronunció el nombre de Ramsey, refiriéndose a él como al culpable de su muerte. Hasta aquel momento no lo vi todo claro. Aunque entonces se presentó otro problema: Dylan y el señor Seaman irían a buscarnos a las oficinas de la “Coolgardie Gold” en cuanto hubieran cumplido mi encargo. El resultado no sería otro que, al igual que a nosotros, Ramsey trataría enseguida de eliminarlos. Por eso entré aquí corriendo y solicité la ayuda del señor Murphy. Y el resto ya lo saben. Por

fortuna, pudimos llegar a tiempo de impedir que liquidara a nuestros amigos, cuando ya se disponía a disparar contra ellos.

Se volvió ahora hacia su futuro cuñado y declaró:

—Fue una verdadera suerte que atrapáramos al chofer de Ramsey cuando salía del campo y que él estuviera enterado de cómo su jefe había pensado liquidaros. Gracias a eso pudimos sorprender a los que esperaban en la furgoneta que había de llevarse vuestros cuerpos. La señal para entrar en el campo era la llegada del avión que estaban esperando. Sabían ya a dónde tenían que dirigirse y por eso Ramsey no supo que éramos nosotros los que llegábamos, en vez de sus compinches. Os llevasteis un buen susto, ¿eh?

Dylan Taylor y su amigo Seaman se estremecieron al recordar aquel momento.

—No me lo recuerdes otra vez, Lawrence —respondió el primero—. Prefiero que sigas explicando. Has hablado de todo menos de los motivos por los que Ramsey organizó todo este lío.

—A eso responderá el señor Thibier, delegado de la “Coolgardie Gold” —dijo Lawrence Symons—. Cuando anteayer le comuniqué mis sospechas al respecto, se comprometió a acudir a esta reunión para sacarme de dudas. A él le toca ahora decir si me equivoqué o no.

El aludido, un hombre alto, espigado y bien vestido, abrió la cartera que sobre la mesa aparecía delante de él. De ella sacó unos pliegos de papel y, tras carraspear para aclararse la garganta, respondió:

—Empezaré por decir al señor Symons que tenía razón. Como muy acertadamente supuso. Sidney Ramsey llevaba muchos años estafando a nuestra compañía. Aunque lo hacía de un modo muy ingenioso: Comprando ganga mineral como si fuera para nosotros, pero en realidad la ingresaba a nombre de una sociedad de la que era propietario. De esta forma, la “Coolgardie Gold Company” no podía notar nada, a menos que se hiciera una revisión a fondo, como ahora hemos hecho. Por ella hemos descubierto que para la cantidad de ganga virgen que se adquiría, el material puro extraído era inferior al porcentaje que se acostumbra a sacar de ella. La explicación no podía ser otra que la de que él aprovechaba el metal puro y nos dejaba a nosotros la ganga lavada.

Atentamente escuchado por todos, el delegado siguió diciendo:

—Una vez más el exceso de ambición ha perdido a un hombre. Sidney Ramsey no se conformó con los beneficios que ya obtenía. Por las declaraciones de su chofer, un magnífico mecánico y a la vez su mejor colaborador, nos hemos enterado de todo. Desde que terminó la guerra venía preparando este último golpe. Lo había organizado así: Aguardando la ocasión propicia en que el Almirantazgo cambiara el puerto de entrega por otro que no fuera Perth; sus secuaces, entre los que se encontraban cuatro trabajadores de la “Gold Woodcok”, se dedicaron a fundir lingotes

de ganga recubiertos con una simple capa de metal puro. Y por fin se les presentó la ocasión que esperaban. El puerto de Condon, elegido para la entrega de este año, resultaba ideal para sus planes. Se empezó a transportar género a Pilbarra sin novedad alguna y a través del desierto. Pero la última remesa, precisamente la de mayor envergadura,...

Suspendiendo la atención de sus oyentes durante unos segundos, que empleó en carraspear de nuevo, siguió diciendo:

—La noche antes de emprender el vuelo, Ramsey se las arregló para que el cargamento auténtico se trocase por otro de ínfimo valor. Mientras unos sacaban el oro de los depósitos y los llevaban en los camiones hasta el avión que debía transportarlo, otros camiones, también de la compañía, efectuaban el cambio de los lingotes. Al mismo tiempo el chófer se encargaba de manipular en los depósitos de carburante del avión, para que al cabo de unas horas de vuelo se taponaran los tubos de alimentación. Fue una verdadera obra de arte. El truco consistía en que al desaparecer el avión y lo que llevaba dentro, en el desierto, todos lo atribuirían a un accidente, y él se beneficiaba en diez millones de libras.

El hombre hizo otra pequeña pausa antes de continuar:

—Pero Ramsey cometió un error. Tratando de cubrir las apariencias, demostrando al mismo tiempo su interés por la compañía, se le ocurrió solicitar los servicios del señor Symons. Precisamente eligió al más famoso de nuestros exploradores, porque si fracasaba en la empresa, y de eso ya se encargaría él, nadie más se atrevería a intentarlo. Aunque por fortuna para nosotros, le salió mal la combinación. El señor Symons venció una vez más, haciendo honor a su fama. Y eso es todo, señores.

El delegado de la “Coolgardie Gold” empezaba a guardar los papeles que había ido consultando durante su disertación cuando el explorador tomó de nuevo la palabra.

—Una última pregunta, señor Thibier. En nuestra conversación de hace dos días le mencioné lo del “score”. ¿Puede decirme cómo se las arreglará su empresa para mantener su derecho a él? Se lo digo porque, si depende únicamente de que la remesa que falta llegue a su tiempo a Pilbarra, mi cuñado y yo estamos dispuestos a conducirla allí. Observe que le hago el ofrecimiento delante del señor Murphy.

El delegado de la “Coolgardie Gold Company” esbozó una sonrisa. Luego señaló con un gesto hacia el director de la “Gold Woodcok Company” y respondió:

—En nombre propio y en el de mí empresa, le agradezco el ofrecimiento muy de veras, señor Symons. Tan de veras que acepto. Pero no por lo que usted supone, sino porque no se retrase su entrega. Del “score” le hablará el señor Murphy.

Todas las miradas se dirigieron ahora hacia el director de la “Gold Woodcok”, que empezó así:

—Bien, señores. Puesto que me toca a mí el turno, allá va. Todo lo que tengo que decir es que mi compañía, una vez efectuada la entrega de este año, pasará a ser la nueva rectora de la región. El “score”, pues, lo cobraremos nosotros. Tenemos ya la notificación oficial, y con la “Coolgardie Gold” también hemos llegado a un perfecto acuerdo. Como pueden ver, todo se ha solucionado, menos un pequeño detalle.

Se encaró ahora con la señorita Ira Taylor y pronunció:

—Usted es nuestro único problema, señorita. Para que la “Gold Woodcok” pueda actuar con entera libertad es preciso que se haga cargo de la fortuna que le dejó su padre. En nuestro último consejo de administración hemos acordado sugerirle una solución que quizá le interese. Se trata de que la compañía compra todas sus acciones por una prudente cantidad, y a cambio de ellas renuncia al derecho que le confiere el testamento de su difunto padre, por el cual pasaría a ser propietaria de toda la fortuna, si usted hacía partícipe de ella a su hermano. Estoy autorizado para ofrecerle cinco millones de libras esterlinas, de las que usted podrá disponer libremente. ¿Qué contesta?

Antes de responder, Ira Taylor miró de su hermano al explorador. Luego...

—Acepto encantada, señor Murphy —pronunció—. Si mi hermano puede compartir ese dineral conmigo, desde luego no tengo ningún inconveniente.

EPILOGO

Veinticuatro horas más tarde un poderoso tetramotor volaba por encima del desierto de Gibson. Lo pilotaban Dylan Taylor y su inseparable amigo Seaman, y como pasajeros iban Lawrence Symons y la que iba a ser su esposa.

Era casi mediodía. Sujetando el explorador por la cintura a la joven que iba a su lado, señaló por la ventanilla hacia las colinas que se veían por debajo de ellos.

—Mira ahí abajo, muñeca. En esas colinas están los borboris. De no ser por ellos, todavía no te habría dicho que te quería. Te lo dije, ¿verdad?

—¡Nada de eso! —exclamó ella, haciendo un gracioso mohín con la boca—. Ahora que recuerdo fui yo la que me declaré. Con que ahora te toca a ti. ¡A ver cómo lo haces!

—Es muy sencillo —respondió el explorador, haciéndola girar hasta quedar los dos frente a frente—. ¿Te parece bien de esta manera?

Pero ella no pudo responder. Los labios de Lawrence Symons se habían pegado a los suyos y le tapaban la boca.

—FIN—



*Un ilícito contrabando
de armas, amenazaba
la seguridad de la po-
blación civil de la zona*

Se preparaba una gran

REBELION EN ARGELIA

y nada ni nadie parecía ser capaz de detenerla

Este es el arranque temático de

REBELION EN ARGELIA

la última y más apasionante novela del famoso

KEITH LUGER

que la popular

COLECCION CONGO

le ofrecerá la próxima semana

REBELION EN ARGELIA

¡La dramática aventura de tres valientes legionarios envueltos en las redes de la intriga y de la muerte!

¡No deje de adquirir este título!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

481. — M. L. Estefanía
EL RANCHO MACABRO

COLECCION "BUFALO"

128. — Orland Garr
FALSA ACUSACION

COLECCION "CONGO"

22. — Rogers Kirby
ORO ENVENENADO

COLECCION "PANTERA"

65. — J. León
LA SOLUCION ERA UN
"COLT"

COL. "SERVICIO SECRETO"

295. — Keith Luger
FLORES SOBRE MI TUMBA

COLECCION "POPULAR"

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

490. — Josefina María Rivas
MARA

COLEC. "MADREPERLA"

386. — Armando Sandoval
ESPESAS SOMBRAS

COLECCION "ROSAURA"

330. — María Lar
SOLO A TI

COLECCION "AMAPOLA"

216. — María Morgan
EL DESTINO SE EQUIVOCA

COLECCION "ALONDRA"

169. — Sergio Duval
LA SOMBRA DEL AYER

COLECCION "CAMELIA"

110. — María Adela Durango
UNA AVENTURA EN
BOMBAY

COLECCION "ORQUIDEA"

80. — María del Pilar Carré
ALMAS AL DESNUDO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



**TODOS LOS PEQUEÑOS
QUIEREN LEER...**

...PULGARCITO

**¡COMPRESELO!
¡SÓLO CUESTA 2PTS!**

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Mary Murphy

N.º 240 La simpática protagonista de "Misión temeraria", tiene veintidós años. Además de la citada película ha interpretado, entre otras, "Los bárbaros" y "La isla del infierno"

Foto PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50

{1} *“Downs”*; llanuras inmensas, libres de toda vegetación.

{2} *Mygets*: grandes masas de oro.

{3} *La Wellcome Stranger* es la mayor pepita de oro del mundo. Pesó 85 kilogramos y fué encontrada a cinco centímetros del suelo en las minas de Victoria. El mismo año se halló la *Wellcome* de 82 kilogramos, peso a que nunca más se ha aproximado ninguna de las pepitas halladas después de aquel año de 1869.

{4} *Willy-willies*: Tornados de enorme fuerza destructiva por su vertiginosa velocidad. Atacan las costas occidentales de Australia, arrasándolas, aunque, por fortuna, causan más destrozos que desgracias personales. La población tiene tiempo de ponerse a salvo, ya que un bronco rugido los anuncia cuando todavía están a bastante distancia.

{5} Hasta 1866 no se introdujeron camellos en gran cantidad, en Australia. Y esto gracias a los esfuerzos de M. Elder, rico industrial de Australia Meridional, el cual los hizo traer de la India con otros camellos afganos.

{6} *Water-bag*. Saco de tela espesa para llevar agua.

{7} Este y cuantos datos de tipo documental se detallan en la presente novela, son rigurosamente auténticos.

{8} A falta de escritura, los salvajes de Australia emplean el uso de los “bastones mensajeros”. Son palos de 20 a 30 cms. de longitud, llenos de dibujos de hombres, de plantas, de animales y de signos convencionales que las tribus u hordas entre las cuales circulan entienden perfectamente.

{9} El paso del camello, siempre de andadura, o sea, levantando a la vez las dos patas del mismo lado, es muy incómodo para el jinete, ya que a consecuencia del brusco balanceo de la montura es sacudido muy violentamente. El galope sobre todo es tan molesto, que sólo jinetes muy firmes sobre la silla pueden resistirlo sin caerse.

{10} El vegetal llamado saltbush se descompone por el calor desprendido de una brasa o llama que se coloque encima. Pero una vez desaparecida ésta, brota con mayor fuerza, cubriendo rápidamente la zona que antes se destruyó. Este método de las brasas lo emplean los indígenas para aumentar la producción de “bush”.

{11} Al canguro se le conoce vulgarmente con los nombre de olman o forestes. Y esta última palabra es la que usan los exploradores cuando se refieren a dicho animal.

{12} *Vumera*. — Extraña y notable arma, empleada por los salvajes australianos para lanzar la jabalina. Consiste simplemente en una tablilla de 50 a 70 cms. de larga y provista de un diente de canguro o de un gancho, que retiene el venablo antes de dispararlo. El efecto producido es análogo al de una honda.

{13} *Corroboree*. — Las danzas guerreras que ejecutan los negroides australiano⁸, para lo cual se pintan el cuerpo con franjas de blanco, se llaman “corroborees”. La principal ceremonia religiosa es siempre con motivo de la circuncisión de los púberes y la siguen luego las que representen

sacrificios a sus necesidades, ya que son los únicos habitantes del globo que no tienen ninguna clase de Dios.

{14} Condensers. — Aparatos de destilación usados por los mineros

{15} Como ya hemos dicho anteriormente, todos los datos de tipo documental que se detallan en la presente novela son rigurosamente auténticos.

{16} Hots winds. — Vientos ardientes. Temidas y calurosas corrientes norteñas que por su sed inmensa arrebatan la humedad del aire y del suelo, agostan las plantas, levantan densas nubes de polvo que ocultan el sol y hacen penosísima la respiración de hombres y mímals.

{17} La sequedad que producen los hot winds es tan grande, que los tornillos se caen de las cajas, los cabellos del hombre y la lana de las ovejas dejan de crecer; las uñas se rompen como si fueran de cristal y los animales muertos se conservan durante meses, momificados por la misma sequedad.

{18} Creeks. — Ríos temporales, cauces secos sólo vivificados por las tormentas.

{19} De la piel del camello hacen los turcos el cuero llamado chagrin.

{20} Gap. — Desfiladero, hondonada.

{21} Tan frecuentes son en Australia las impetuosas lluvias, que llenan los "creews" y producen catastróficas inundaciones, como los períodos de espantosa sequía que causan la muerte de plantas y miles de cabezas de ganado. En la sequía del período 1914-15, murieron diez y siete millones de ovejas y tres millones de vacas. Existen lugares en Australia, sin embargo, que en un año y hasta en dos, no reciben ni una sola gota de lluvia. La estación Wentworth, sudoeste de Nueva Gales del Sur, ha conocido periodos de sequía de 18 y 30 meses.